

JULIO CANO LASSO

# CONVERSACIONES CON UN ARQUITECTO DEL PASADO

*Diálogo de la Técnica y el Espíritu. Madrid, MCMXCVI*



FUNDACION  
ESTEVECO







**FUNDACION  
ESTEYCO**

En mayo de 1991 se constituyó la Fundación Esteyco  
con la finalidad de contribuir al progreso  
de la ingeniería y de la arquitectura en nuestro país.

La situación de precariedad e incertidumbre  
en que se ha estado desarrollando la ingeniería española independiente,  
ha exigido hasta ahora actitudes básicamente de supervivencia.

El esfuerzo de un creciente colectivo de profesionales  
y de órganos de la Administración  
ha ido, sin embargo, consolidando un sector cuyos servicios  
son considerados indispensables en una sociedad moderna y eficiente.

Es tiempo de pensar en el futuro,  
confiando en que no tardará en hacerse presente.

Fomentemos, para ello, un clima propicio para la creatividad,  
en el que se exija y se valore el trabajo bien hecho.

Contribuyamos a una sólida formación de los profesionales de la ingeniería,  
conscientes de que las organizaciones valen lo que valen sus miembros  
y de que en la ingeniería el valor de las personas  
se mide por el nivel de sus conocimientos.

Alentemos mejores y más frecuentes colaboraciones interprofesionales,  
eliminando fronteras innecesarias.

Reivindiquemos un espacio cualitativamente destacado  
de la ingeniería en la sociedad  
e impulsemos la evolución de la imperante cultura del hacer  
hacia la cultura del hacer pensando.

Consideremos las ingenierías como una prolongación de la Universidad,  
en la que se consolida la formación de los jóvenes titulados,  
en los años que serán decisivos para su futuro.

Sintámonos involucrados con la Universidad y centros de investigación.

Aseguremos la estabilidad y pervivencia de nuestras organizaciones  
y establezcamos los medios para que su vitalidad, garantía de futuro,  
no se encuentre lastrada.

Valoremos nuestra independencia, no como un arma contra nadie,  
sino fundamentalmente como un atributo intelectual  
inherente a quienes tienen por oficio pensar,  
informar y decidir libremente.

*Javier Rui-Wamba Martija  
Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos  
Presidente de la Fundación Esteyco*



Conversaciones con un Arquitecto del Pasado  
*Diálogo de la Técnica y el Espíritu*

JULIO CANO LASSO  
MADRID, MCMXCVI

Copyright © 1996 Fundación Esteyco  
Editado por Fundación Esteyco  
Impreso en España  
I.S.B.N.: 84-92-1092-1-1  
Depósito Legal: M-41.615-1996  
1ª Edición, Diciembre 1996

## *Contenido*

PRESENTACIÓN	9
CONVERSACIONES CON UN ARQUITECTO DEL PASADO DIÁLOGO DE LA TÉCNICA Y EL ESPÍRITU	11
RESEÑA AUTOBIOGRÁFICA	77
CRONOLOGÍA	79



## *Presentación*

Quienes conozcan a Julio Cano Lasso conocerán probablemente el cuento que escribió y editó hace ya unos años, y que suele ofrecer a quienes tienen la fortuna de aproximarse a él, envuelto en el regalo de su amistad. Y como las cosas del espíritu pueden compartirse porque son inagotables, aceptó la forma de homenaje que supone esta nueva edición, enriquecida con sus dibujos, algunos expresamente realizados para iluminar el paseo del lector por el recorrido soñado.

Todo el texto está impregnado de un afán de pedagogía que, creo yo, tiene sus raíces en la convicción de que enseñar es la forma más sutil de aprender, y que no hay nada tan gratificante como compartir emociones. Sus dibujos exquisitos nos enseñan que construir es también una forma de pintar en el cielo, y que hay que aprender a ver, que es mirar y comprender. Y nos recuerda, por si falta hiciese, cómo la auténtica juventud es la que anida en el espíritu. La vejez es por eso la incapacidad para seguir aprendiendo.

Que no se os pase desapercibido tampoco el mensaje que perfuma todo el texto: los valores esenciales del ser humano no han cambiado y, por eso, un diálogo virtual entre dos personajes, tan distantes en el tiempo, resulta tan actual. Y es que, de otra manera, se puede decir que Julio y el sabio sin nombre son la misma persona, y el sabio es lo que Julio hubiese sido de haber nacido entonces, en la Grecia admirada.

Y quizás un día no lejano veamos a Julio y a su sombra griega paseando sosegadamente por algún paraje familiar. Procurad seguirlos, a él y a su sombra, fijándoos en lo que ellos se fijan y tratad de escuchar lo que estén diciendo. Os enriquecerá. Quizás pensaréis que están preparando, esta vez, un cuento para ingenieros... Pero no. Porque si os habéis fijado en el subtítulo del libro, aún antes de confirmarlo con la lectura del texto, habréis sabido que éste es un cuento también para ingenieros, que es un cuento para todos.

JAVIER RUI-WAMBA MARTIJA

Presidente Fundación Esteyco



## *Conversaciones con un Arquitecto del pasado*

Sucedió hace algún tiempo, aunque me sería difícil precisar cuándo. Fue un suceso extraño que no he llegado a explicarme. ¿Sueño? ¿Alucinación? ¿Desvarío de la mente? No sé, aunque después de muchas dudas me he decidido a relatarlo.

Aunque algunos detalles los recuerdo como vaporosos e irreales, en general lo recuerdo todo con extraña claridad, pero temo que el paso del tiempo lo vaya borrando, por ello he decidido tomar la pluma y no demorar más este curioso relato.

Me es imposible recordar dónde y cuándo fue el encuentro. Era un ser misterioso y extraño, pero al mismo tiempo muy humano y real. Era sin duda un hombre de otro tiempo, de un tiempo lejano. Nunca supe cómo se llamaba, ni cuál fue su patria y la época en que vivió; sólo que había sido arquitecto. A pesar del misterio que le rodeaba y de la enorme distancia en el tiempo, pronto fuimos grandes amigos y compartimos un interés común por las mismas cosas. Nos fue muy fácil entendernos.

Creo que hablaba una lengua extraña que yo, sin embargo, entendía, y él me entendía a mí, y aunque le veía como un ser real, con toda claridad, no puedo precisar su vestido ni su rostro; sólo podría decir que era el semblante de un hombre maduro y tenía una expresión inteligente y noble.

Pronto nos entendimos y se produjo una corriente de mutua simpatía. Su sabiduría y curiosidad eran enormes y a mí me entusiasmaba la posibilidad de adentrarme en su mundo y cómo descorrer el velo que me separaba del pasado; era un placer tener ocasión de servirle de guía en los recorridos que comenzamos a emprender por la ciudad, mostrándole sus aspectos más interesantes y los edificios más notables, y esperaba con enorme curiosidad sus reacciones y sus juicios, juicios que pronto aprecié como de enorme interés. Su cultura, aunque distinta de la nuestra, por su posición en el tiempo, parecía pertenecer, y así se fue confirmando, al mundo occidental y clásico, aunque abarcaba un período muy extenso de la historia, siempre vivida como en tiempo presente, y esto era lo más extraño y desconcertante.

Sus conceptos y forma de razonar parecían los de un griego, pero conocía el mundo romano, el medieval, el Renacimiento y la Ilustración. Conocía la arquitectura, la música, las artes, la economía y el pensamiento filosófico de todos esos momentos de la historia, y su conocimiento parecía sólo detenerse en los umbrales de la revolución industrial. Sin ser propiamente filósofo, su pensamiento era indagador y profundo y no desconocía lo esencial de todas las filosofías occidentales. Su pasión de saber era insaciable, pero siempre en los límites de la cortesía y la discreción. En una palabra, me pareció el arquetipo del arquitecto descrito por Vitrubio.

Mientras le acompañaba, mi mayor preocupación era que en cualquier momento pudiera desaparecer de la misma forma misteriosa en que había aparecido.

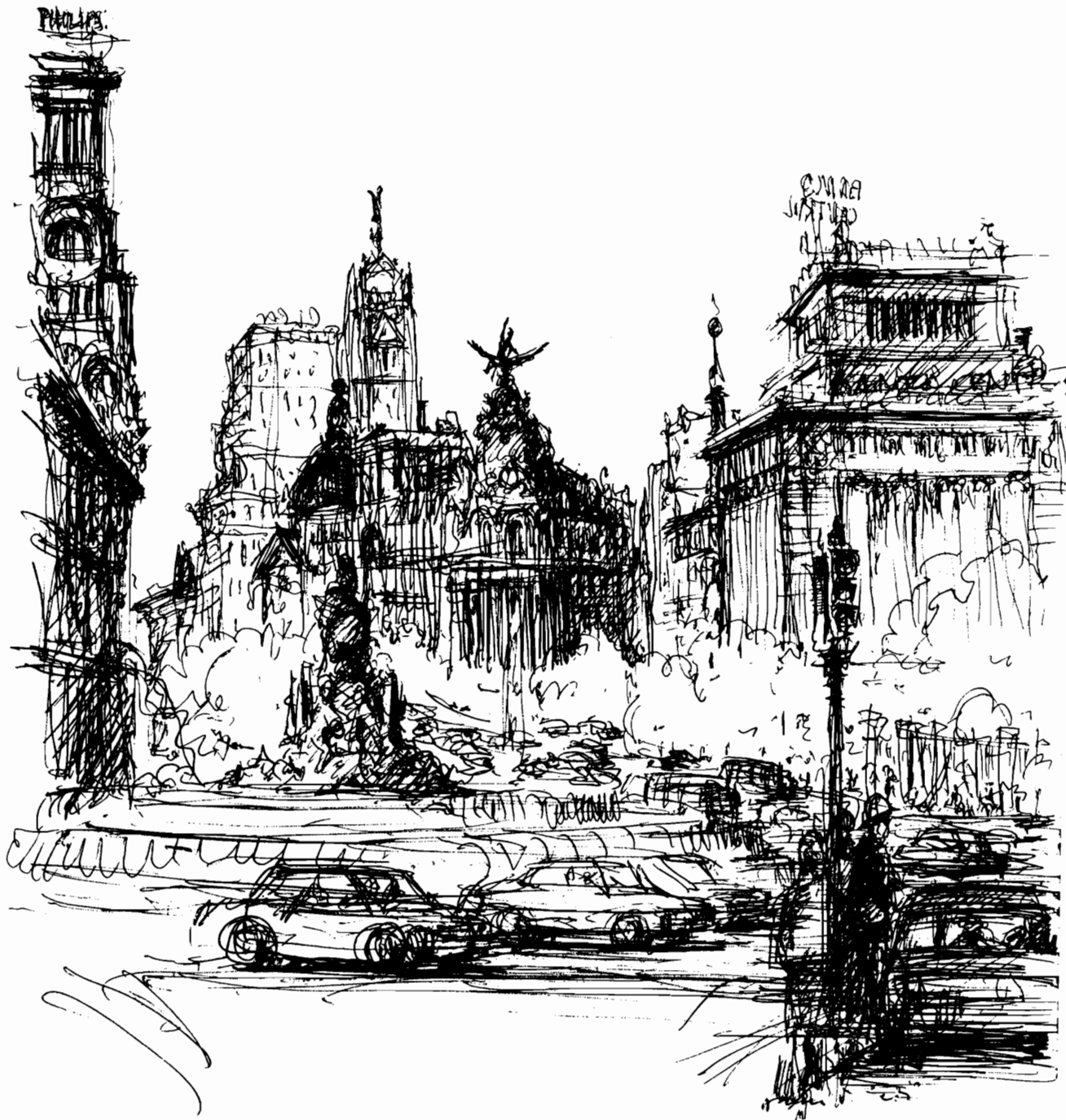
Comenzamos los recorridos por la ciudad. Cuando le invité a subir al automóvil, yo al volante, él a mi lado, y puse éste en movimiento, quedó asombrado. Le era imposible comprender cuál era el impulso que lo movía sin ningún tipo de tracción o vela. Le expliqué brevemente que la combustión de un líquido parecido al alcohol producía gases que al expandirse movían émbolos y un sistema de engranajes que transmitían el giro a las ruedas; pareció entenderlo y quedó maravillado.

Le parecía asombrosa la velocidad y, comprendiendo que sentía vértigo, aminoré la marcha. Se admiraba de la cantidad de vehículos que circulaban en todas direcciones, sin colisionar unos con otros.

La ciudad, a medida que la íbamos recorriendo, le parecía inmensa. Le dije que Madrid no era una de las ciudades más grandes y que en el mundo había muchas con mayor población y enormemente más extensas. Me hizo el comentario de que Madrid tenía más habitantes que toda la Grecia clásica, incluidas las ciudades de Asia Menor y de la Magna Grecia, y tantos como la Italia de la época imperial.

Era una mañana soleada de otoño, de agradable temperatura. Comenzaron los embotellamientos y avanzábamos lentamente, lo que tenía la ventaja de permitirnos comentar el aspecto de las calles y de las gentes y muy en particular la arquitectura que veíamos.

Le admiraba que todas las calles estuvieran totalmente pavimentadas y no hubiera en ellas charcos ni barro, aunque conocía bien los sistemas de alcantarillado y ciudades antiguas bien pavimentadas. Le admiraba que la gente, aunque vestida de manera extraña y poco estética, fuera toda calzada y limpia y en general llevara buena ropa, o al menos no ver gente vestida de harapos; le admiraba lo que podía ver del comercio y sus escaparates, según pasábamos, y pronto comprendió que estaba ante una sociedad rica y poderosa, mucho más rica que cualquier otra sociedad del pasado; sin embargo, la arquitectura no parecía admirarle y no hacía comentarios.



Descendimos la Castellana y le mostré los rascacielos de Azca; le impresionó su altura y se interesó por su uso y por los materiales con los que estaban contruidos y también por la forma de llegar hasta las plantas altas, y le expliqué brevemente que había máquinas llamadas ascensores. Me preguntó cuánto podría haber costado la torre blanca recién terminada, y al decirle que alrededor de 15.000 millones de pesetas, me dijo que esa cifra no le decía nada y que si fuera posible la tradujera a oro. Hice un rápido cálculo mental: “Alrededor de nueve toneladas”, le dije. “Casi tanto como el tesoro de Delos, que sirvió para financiar la construcción de la Acrópolis”, comentó.

Según descendíamos por la Castellana, le agradó que la calle discurriera entre árboles y su trazado suavemente sinuoso, con cambiantes fondos de perspectiva. No le pasaron desapercibidos los pasos superiores, por los que circulaban continuas hileras de coches, y comentó que la ciudad encerraba en sí misma una energía impresionante. Al advertirle que uno de los pasos elevados había sido concebido también como muestra de arte al aire libre, me dijo que para él la belleza y el arte deberían estar en el trazado del puente y que la grandeza estaba en el tremendo dinamismo de la escena urbana.

No dejó de sorprenderme esta apreciación, que me pareció muy moderna, y así se lo dije. Me respondió que a veces lo más antiguo puede ser muy moderno.

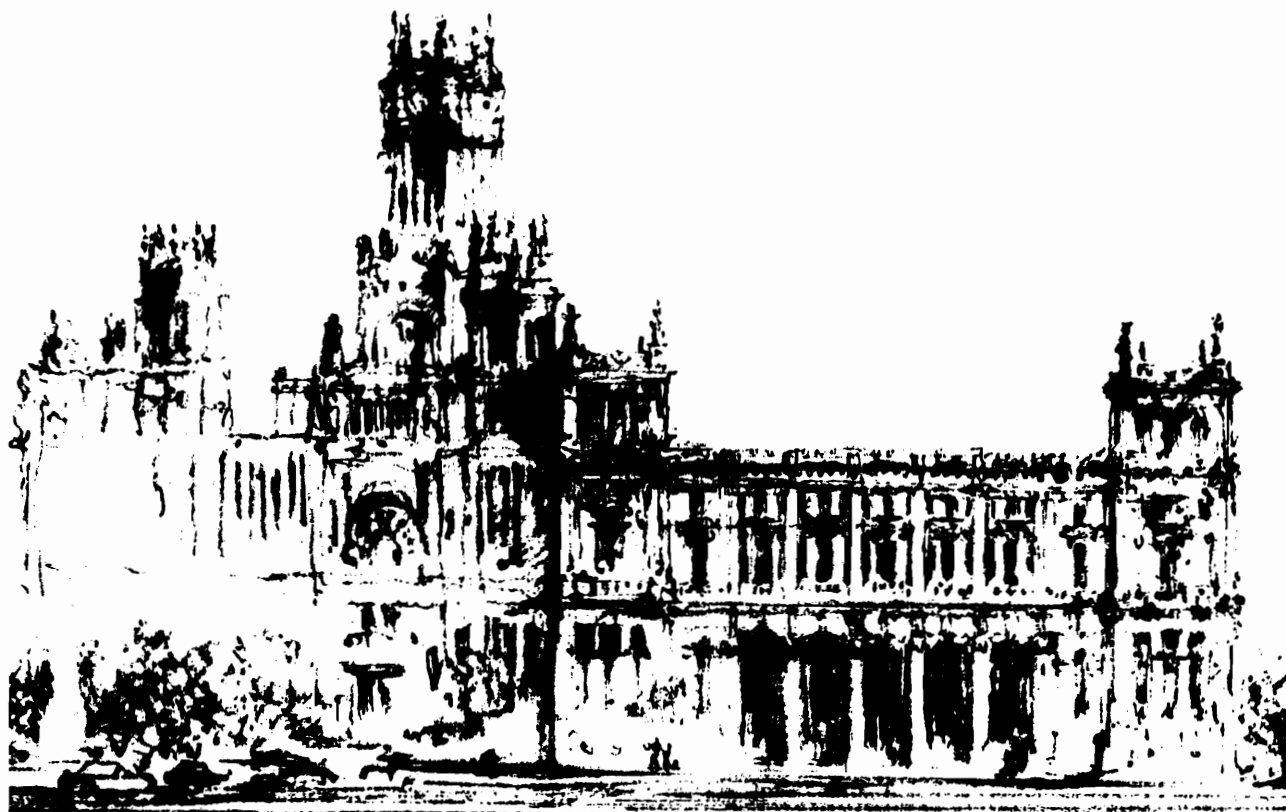
No sé si de una forma un poco caricaturesca, que en el fondo encerraba cierta presunción, le dije que por las calles de Madrid circulaban alrededor de un millón de automóviles, con una potencia equivalente a 10 ó 12 millones de caballos.

A medida que avanzábamos le expliqué la evolución de la Castellana y cómo de ser una vía tangente a la ciudad se había convertido en su eje de gravedad y cómo los antiguos palacetes de la aristocracia, rodeados de jardines, habían ido siendo sustituidos por grandes edificios comerciales.

La Plaza de Colón le pareció destartalada y mal compuesta, y también le expliqué los cambios que había sufrido.

Le agradó la Cibeles en su conjunto, la fuente, los edificios y jardines que rodeaban la plaza, y me preguntó el uso del Palacio de Correos y del Banco de España. Elogió Neptuno y su entorno y llegamos hasta la Glorieta de Atocha, donde dimos la vuelta; al pasar junto al Museo del Prado detuve aún más la marcha. Le interesó e hizo algún comentario sobre su bella y atrevida composición y equilibrio; le prometí un recorrido por su interior.

En la Glorieta de Atocha llamó su atención la gran estructura de hierro y cristal de la estación. Allí, quizá de manera más clara y patente que en otros edificios más modernos, veía formas estructurales para él desconocidas que utilizaban el hierro.



Palacio de Comunicaciones de Madrid  
Febrero 1979.

Quise mostrarle otro recorrido interesante y, pasando a lo largo de la verja del Retiro, llegamos a la Plaza de la Independencia. Hizo el comentario de que construcciones como la puerta de Alcalá ennoblecían la escena urbana; parecía conocer bien el neoclasicismo y encontrar en ella una referencia familiar.

Descendimos lentamente hacia Cibeles y tuvo ocasión de contemplar la composición tan escenográfica que, fruto del azar, se abría ante nosotros y en la que varias circunstancias casualmente favorables habían concurrido para configurarla: topografía ascendente desde Cibeles, amplia embocadura con alineaciones convergentes hacia el punto de fuga, que se dividía en varias direcciones; edificios importantes en primer término y otros que en términos sucesivos se superponían en una composición muy barroca...



Observó atentamente y comprendí que no quedaba indiferente. “Se asemeja al ideal de una ciudad barroca”, dijo en voz baja.

Comimos en un restaurante del centro y charlamos largamente. Había sido muy parco en comentarios y me interesaba conocer su pensamiento.

Me dijo que habían sido demasiadas impresiones y muy contradictorias en una sola mañana y que necesitaba serenidad y tiempo de reflexión; estaba aturdido. Le había asombrado el rugido, escala y potencia de la ciudad moderna, en los que había una grandeza indudable, pero muchas cosas le habían decepcionado, particularmente la arquitectura.

Suponía que una ciudad como la que había visto debía albergar una gran riqueza, incomparablemente mayor que la de cualquier otra ciudad de tiempos pasados, y sabía que entre la riqueza y la cultura había también una relación directa. Me preguntó si creía que también en este caso sucedía así.

Le dije que a nivel mundial Madrid era una ciudad media y que existían en el mundo otras ciudades que triplicaban su riqueza por habitante y mucho más pobladas y extensas, y que también la cultura en nuestros días florecía en los países de mayor riqueza, riqueza que siempre iba unida al desarrollo de la tecnología. Entonces, lentamente, pensando bien las palabras, me dijo que la ciudad que había visto, aunque admirable en muchos aspectos, no daba la imagen de una ciudad culta o, al menos, que no existía correspondencia entre la riqueza y el arte que en ella se reflejaba. Me preguntó si no estaba de acuerdo y cuál podía ser la causa, y como ausente, recordando, comenzó a pasar revista a algunas ciudades del pasado: “Atenas, en un paisaje seco —dijo— fue una ciudad que creció desordenadamente, sin el trazado armonioso de Delos, Mileto o Priene, y había en ella barrios míseros, pero cultivó el arte y la filosofía y construyó la Acrópolis en homenaje a la belleza y a los dioses. Roma fue una ciudad aglomerada y confusa, con hacinamiento y sórdida miseria, pero en ella se construían grandes edificios de mármol y de piedra, se levantaban arcos de triunfo y hermosas columnatas y se erigían estatuas a los dioses y a los emperadores. En la Edad Media, la fe levantó fantásticas y misteriosas catedrales dedicadas al Dios único cristiano en medio de un humilde caserío. Florencia y otras ciudades del Renacimiento parecieron vivir para el arte. El barroco creó bellos conjuntos urbanos, y en las pequeñas ciudades de los príncipes alemanes, refinadas y cultas, florecían la música y el arte. La Ilustración dejó su huella de belleza y equilibrio en una elegante arquitectura que parecía hecha al compás de las sinfonías de Mozart...”, y así continuó llegando hasta la Inglaterra georgiana y finalmente al París de Haussman, donde se detuvo; y lo que me desconcertaba es que, siendo griego como parecía, tuviera un conocimiento tan extenso de la historia que llegaba casi hasta nuestros días.

Fue larga sobremesa y cuando salimos del restaurante oscurecía y había ya algunas luces encendidas. La ciudad se teñía de una profunda luz morada y comenzaban a encenderse los primeros anuncios luminosos. La negra silueta de los edificios se recortaba sobre un cielo verde cristalino. Era un bello espectáculo; aumentaban las luces y los coches con los faros encendidos pasaban en interminables riadas, riadas rojas, riadas de oro; por momentos, apenas se distinguían ya los edificios sobre un cielo que también se oscurecía.

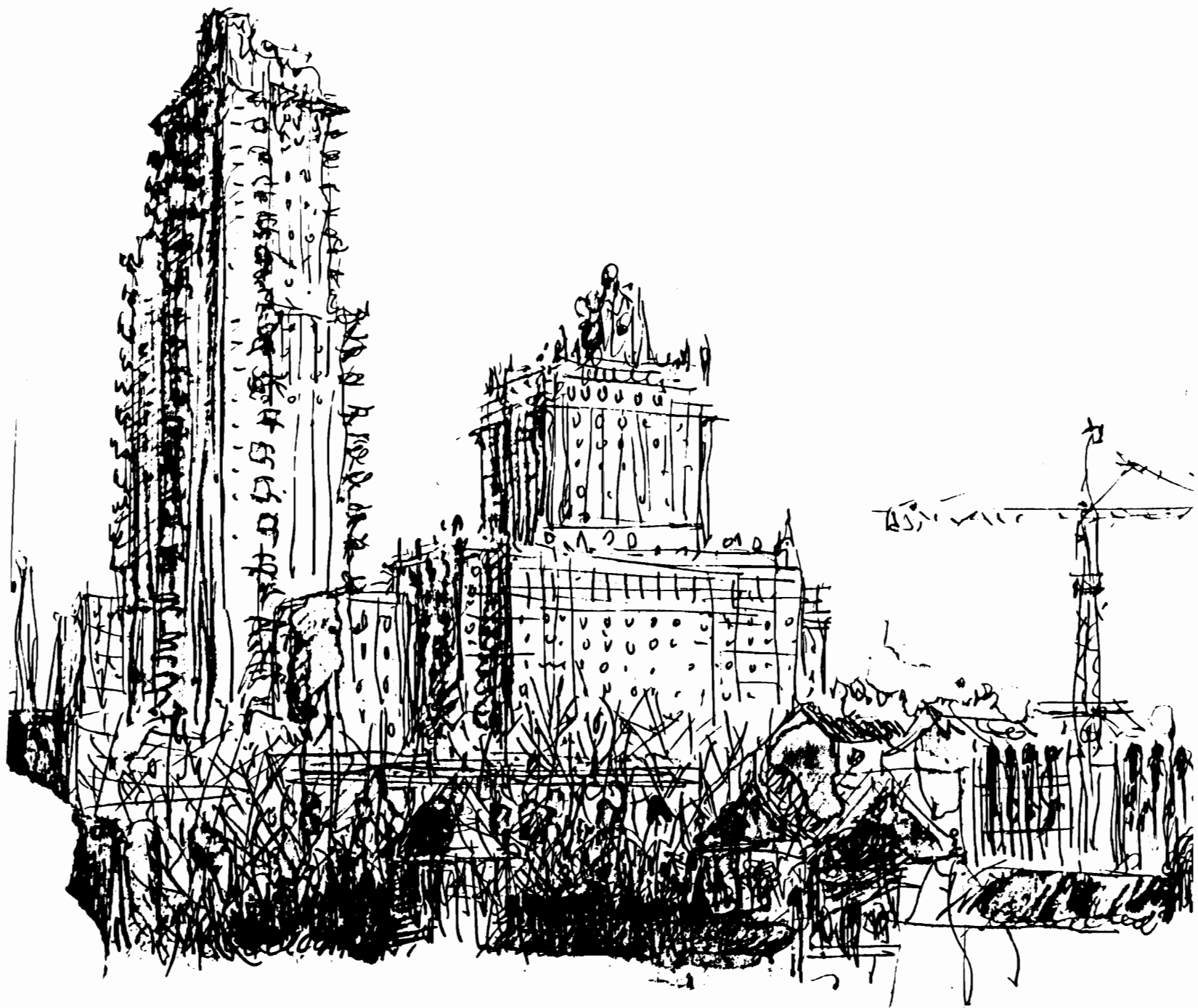
De pie sobre la acera, desde nuestra posición dominante estuvimos largo rato contemplando en silencio la transformación de la ciudad. Finalmente se volvió hacia mí conmovido y lleno de admiración y me dijo: “¡Qué gran espectáculo! Esta es la hora de vuestras ciudades, la hora de la belleza. Es algo que jamás podía imaginar.”



Otra vez en el coche iniciamos un nuevo recorrido; era una de las horas punta del tráfico y los embotellamientos se sucedían uno tras otro. “Este es uno de los inconvenientes más fastidiosos de la gran ciudad moderna — le dije— , en ellos perdemos mucho tiempo.” Tardamos un buen rato en recorrer la Gran Vía. Brillaban los escaparates y los rótulos; los comercios, que ya durante el día habían llamado su



atención, habían multiplicado su atractivo. Se volvió para decirme: “Vosotros — nos habíamos llamado así desde el principio — estáis acostumbrados a esto, mas para quien viene del pasado éste es un espectáculo imposible de imaginar. Ahora que la Arquitectura se diluye en la sombra, la ciudad es un espectáculo grandioso.”



Tuve interés en que viera el Palacio Real iluminado. Le pareció un edificio muy hermoso y me indicó su deseo de verlo a la luz del día.

Encontramos un hueco donde aparcar y comenzamos un recorrido a pie, callejeando. Aún nos dio tiempo, antes de que cerraran, de visitar varias librerías; su interés y su curiosidad parecían insaciables, y recorría impaciente y nervioso los libros de arte y de arquitectura, también los de historia y con gran deleite los atlas geográficos. Me dijo: “Nunca hasta ahora había tenido ocasión de ver una representación gráfica de los mares y continentes, ríos y cordilleras con tanta precisión y detalle.” Puso larga atención en un plano en el que se veía Grecia y el Egeo, con las islas y costas de Asia, identificando su recortado perfil, cabos y ensenadas, lo que venía a confirmar mi convicción de que era griego. Para tirarle de la lengua le pregunté si sabía cuál había sido el recorrido de Ulises, y sonriendo me dijo que eso no lo sabía nadie, como ocurría con el camino recorrido por Don Quijote en sus andanzas. Volviendo otra vez la vista al mapa dijo como para sí mismo: “Grecia debe a Oriente más de lo que comúnmente se cree”, y a continuación: “La civilización ha seguido el camino del sol, de Asia Menor pasó a Grecia, de allí a Roma y desde Roma, después de un largo eclipse, al Occidente Europeo; y ya en tiempos muy recientes saltó el Atlántico y pasó a América” “Y ahora — agregué yo — parece que está dando el gran salto del Pacífico para circunvalar la Tierra.”

En uno de los atlas había unas preciosas láminas de fotografías tomadas por satélite, en las que se veían las grandes aglomeraciones urbanas: la de la costa oriental de Estados Unidos, desde más arriba de Boston hasta el sur de Nueva York; la de Tokio, con Yokohama y otras ciudades que la rodean; el gran Londres; el Rhur y el anillo holandés. En algunas láminas las vistas eran nocturnas y los millones de luces formaban una masa luminosa semejante a la Vía Láctea. Hice el comentario de que la urbanización actual había adquirido escala geográfica y alteraba la configuración de la Tierra.

“Hoy tenéis la increíble y maravillosa posibilidad de abarcar la Tierra de un golpe de vista, mares y continentes, ríos y montañas, y comprobar visualmente su esfericidad, cosa que ya algunos afirmaban, y que se confirmó a partir de Colón. Vuestra mirada abarca el orbe; sois como los dioses del Olimpo.”

“A mí me admira — hice la observación — que los griegos fueran capaces de intuir algo que parecía tan contrario a la lógica y al sentido común; algo que requería tan gran esfuerzo intelectual.”

“Así es ciertamente. Pero en verdad no se trataba solamente de una intuición; fue algo basado en la observación y el razonamiento; claramente una actitud científica. Es más, Aristóteles llegó a hacer un cálculo del perímetro terrestre, que estimó en casi el doble del real — sin embargo en tiempos de Colón se pensaba que era mucho menor —. Aristóteles partió principalmente de tres observaciones: la primera, el hecho de que al alejarse un barco parecía sumergirse en la mar y lo último que dejaba de verse era la punta de los mástiles; la segunda observación se basaba en las estrellas y en el hecho de que a medida que se caminaba hacia el Sur, la Estrella Polar descendía hacia el horizonte; por último, lo que venía a

corroborar estas afirmaciones era que en los eclipses la sombra de la Tierra siempre tenía forma circular, lo que indicaba que se trataba de una esfera, ya que si hubiera sido un disco plano, tal como muchos pensaban, por analogía a como creían que era el Sol y la Luna, lo normal era que la sombra se hubiera visto en forma elíptica.

Pero no olvides que el mundo es muy antiguo y la sabiduría también. Aristóteles partía de conocimientos anteriores, que él venía a confirmar. Mucho antes de Aristóteles se apreciaba ya la curvatura o convexidad de la Tierra, primero en sentido norte-sur, más adelante en sentido este-oeste también, y se llegó, a partir de una línea de referencia, a fijar la posición de algunos lugares, midiendo la latitud y longitud por grados. Así los sacerdotes egipcios habían medido la latitud de Menfis – 30º de latitud boreal – y en ello se basaron para decidir la longitud de los lados de la Gran Pirámide, que tiene dos milésimas de grado; de modo que puede conjeturarse que dividieron el grado en quinientas partes y dieron la longitud de una parte a cada uno de los lados de la base de la pirámide.

Hiparco, tres siglos antes de la Era Cristiana había determinado la posición en latitud y longitud de muchas estrellas y, siguiendo un método propio, cinco siglos más tarde Ptolomeo determina la posición geográfica de muchos lugares de la Tierra con una precisión que supone observaciones astronómicas muy exactas. También desde tiempos muy antiguos existía una cierta idea de la continuidad de los mares envolviendo los continentes; se decía que algunos navegantes fenicios, saliendo del mar Rojo, habían entrado en el Mediterráneo, con el mismo navío, por el estrecho de Gibraltar.”

“Sí, el saber es antiguo, y lo que siempre me ha admirado es que los caldeos fueran capaces de predecir los eclipses, sin conocer matemáticamente las leyes de movimiento de los astros, que Kepler fue el primero en formular, y me parece maravilloso y emocionante que Kepler, a partir de la fe, llegara al convencimiento de que existían leyes que rigen la creación, y a partir de la fe, halló las de equilibrio y movimiento del sistema solar, y pienso que es posible que con esa misma fe, algún día podrán expresarse en lenguaje matemático las leyes que gobiernan el equilibrio y movimiento del conjunto del universo.”

Es posible, porque no creo que en ese campo actúe la censura cósmica de que tú has hablado” — dijo con cierta ironía.

Pasaba de un libro a otro con enorme interés y fruición. Para él, el fenómeno de las grandes aglomeraciones urbanas, constelaciones de ciudades que se extienden a lo largo de muchas decenas y aun centenares de kilómetros, era absolutamente nuevo. En el pasado las ciudades tenían límites concretos y definidos. Las grandes ciudades, como Roma, Alejandría, Antioquía o Bizancio es dudoso que llegaran al millón de habitantes.

Datos aproximados tomados sobre el cuerpo principal en total correspondiente a la Plaza de Oriente. En altura de coronación y aproximadamente de 22,80 m y la separación entre ejes de columnas y pilares de apoyo. 5,00 m.

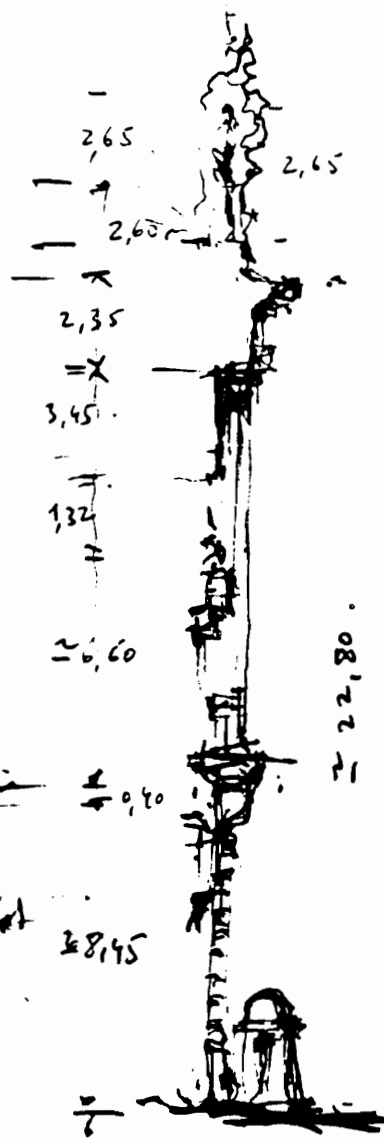


+ 2,50

+ 2,50

+ 2,50

Alzando a la Plaza de Oriente.  
En metros aproximados.



Me preguntó qué población alcanzaba esas grandes aglomeraciones, y al decirle que en algún caso pasaban de veinticinco millones se quedó relativamente asombrado, ya que después de lo que había visto en el día estaba prevenido para el asombro. Le dije que el fenómeno de la gran ciudad moderna era relativamente reciente y coincidía con la Revolución Industrial. Que hace poco más de siglo y medio sólo Londres y París rebasaban el millón de habitantes, y que otras ciudades famosas tenían poblaciones modestas: Madrid, Viena, Roma, Nueva York... Precisamente, el crecimiento de las ciudades americanas había sido tan vertiginoso que se las había llamado ciudades hongo; más recientemente, otras, como Méjico y Sao Paulo, y las ciudades japonesas habían sido las de crecimiento más rápido.

Cambiamos de tema al salir a la calle y mientras caminábamos entre empujones de la gente, comentando lo que veíamos, ponía gran atención en los escaparates, en los objetos expuestos, en la decoración de las tiendas, en los rótulos y luminosos y en esos aspectos parciales de la arquitectura que quedaban más iluminados y visibles. De pasada me hizo el comentario de que la congestión de las calles no era un problema exclusivo de la ciudad moderna, y que otras ciudades del pasado habían sufrido tremendas incomodidades, tanto por la estrechez de sus calles como por el hacinamiento de sus habitantes; pero que aquí le parecía observar que el automóvil era el rey de la ciudad y que el ciudadano se veía reducido a pequeños espacios. Le dije que así era, en efecto, y que el ciudadano, como él acertadamente decía, había quedado reducido a peatón, término que, además de ser fonéticamente muy desafortunado, parecía expresar una cierta connotación despectiva o, al menos, de inferioridad. Me hizo otras preguntas: me preguntó qué combustible abastecía tanta luz y qué fuerza invisible movía tantas máquinas. Le expliqué que era un fluido que llamábamos eléctrico, que fluía por conductores de cobre, como el agua corre por las tuberías, si bien aquéllos eran macizos, y que ese fluido, que podía transformarse en luz o en otro tipo de energía, se producía en grandes centrales hidráulicas, térmicas o nucleares.

Ávido de saber, y dando pruebas de influencia pitagórica, me preguntó si sería posible cuantificar ese caudal de energía y referirlo a unidades que él pudiera entender. Esta preocupación por conocer datos tan dispares y a veces alejados de lo que podría parecer propio de un arquitecto me confirmaba su formación humanista y me hacía recordar la afirmación de Vitrubio de que el saber es uno y que las ciencias comunican entre sí su contenido, de tal manera que todas ellas forman como una ciencia única. Así, según nuestra profesión, hemos de poner el acento en alguna parte del saber, aunque sin olvidar las demás. En este sentido me parecía que quien quisiera conocer la ciudad moderna no podía ser indiferente a cuestiones muy diversas, entre ellas la energía que la sostiene y alimenta, haciéndola posible.

Creo haber visto en algún sitio la equivalencia en watos o caballos de vapor de la potencia muscular del hombre, y me parecía ésa la unidad de medida más universal y fácil de entender. Pero en ese momento, a falta de tal dato, y aun a riesgo de incurrir en gran error, hicimos un aproximado cálculo mental, basado en el agua de un pozo que podría sacar un hombre en la unidad de tiempo, llegamos a la conclusión de que la potencia de las centrales eléctricas instaladas en España podría equivaler a la que desarrollarían entre 1.000 y 2.000 millones de hombres. A los dos nos pareció un a cifra tremenda y nos prometimos comprobar el dato, o hacer el cálculo con pluma y papel y más tranquilidad, sin embargo, no había duda de que la economía moderna se basaba en el trabajo de miles de millones de esclavos invisibles, puntuales y disciplinados. Hasta el presente básicamente habíamos utilizado su fuerza muscular; con la robótica comenzábamos a utilizar sus manos muy diestras, y en el futuro próximo también les dotaríamos de cierta forma de inteligencia artificial. Hacíamos estas reflexiones mientras caminábamos.

Más adelante me preguntó cuántos habitantes poblaban en la actualidad la Tierra, y al decirle que casi 5.000 millones, después de meditar un momento, me dijo: “Comprendo que una población tan numerosa sólo pueda subsistir sobre una economía muy distinta de la del mundo antiguo, cuando la población de la Tierra era sólo de algunos pocos cientos de millones, y a pesar de ello el hambre era endémica y dieztaba regiones enteras.” Esto me llevó a hablarle de las utopías que rechazaban la sociedad tecnológica y proponían una vuelta a la vida natural, y convinimos en que eran propias de gentes incultas e ilusas que vivían fuera de la realidad. “Producto de gentes que no han conocido el hambre”, comentó.

Seguimos caminando absortos, en silencio, prestando poca atención a cuanto nos rodeaba. Por fin, como reflexionando en voz alta, dijo: “Cinco mil millones es una cifra enorme. Es posible que en las poco más de doscientas generaciones que ha habido desde el comienzo de los tiempos históricos no hayan pasado por el mundo más personas de las que ahora hay vivas sobre la Tierra.” “Si así fuera —le dije— tendría que haber en el campo de la literatura un Homero, un Dante, un Cervantes, un Shakespeare y un Goethe, y en el de la pintura, un Giotto, un Greco, un Velázquez, un Rembrandt y un Goya, y en el de la música, un Bach, un Haydn, un Mozart y un Beethoven, y creo que puede asegurarse que no es así. Lo mismo ocurre en la arquitectura, la escultura y otras artes. Es posible, sin embargo, que en las ciencias sea distinto, ya que el progreso técnico y científico es impresionante, pero aun así cuesta creer que existan personalidades como Galileo, Newton, Leibnitz, Kepler y Descartes. Lo que sí es evidente es que a partir de la Revolución Industrial se ha producido un gran desequilibrio a favor de las ciencias y su aplicación tecnológica y en detrimento de la literatura y el arte.”

Con estas reflexiones y comentarios llegamos a la Plaza Mayor; tenía intención de enseñarle el Madrid antiguo y cenar en alguno de sus restaurantes.

Le agradó la Plaza Mayor como espacio urbano, y la ausencia de automóviles, aunque lamentó que el comercio que la rodeaba no tuviera la calidad del que había visto en otras partes de la ciudad. “Con un buen comercio alrededor y restaurantes, como ya tiene, podría ser un lugar muy atractivo.” Admiró mucho la estatua ecuestre de Felipe III; la rodeó varias veces y la contempló de lejos y de cerca, sin cansarse de mirarla. “Es una estatua de enorme dignidad y elegancia, propia de un soberano”, comentó, añadiendo que era una pena que el pedestal quedara un poco hundido en el pavimento. “¡Qué bien irían unas cuantas gradas!” “Las tuvo — le aclaré —, pero al construir el aparcamiento subterráneo desmontaron y retiraron la estatua, y cuando volvieron a montarla suprimieron las gradas. Estoy de acuerdo en que fue un gran error.”

Seguía interesado por el tema: “La estatua y la Plaza parecen haber sido hechas la una para la otra. ¡Qué importante es el acierto de colocar una estatua o una fuente! Esta bellísima estatua no sería la misma sin el espacio y la arquitectura que la rodean, y la Plaza, a su vez, sin la estatua perdería su mayor encanto.”

Le expliqué entonces que la estatua estuvo primeramente en los jardines de la Real Casa de Campo. “Fue sin duda un gran acierto trasladarla a la Plaza Mayor”, comentó finalmente.

El recorrido por el Madrid antiguo dio lugar a una interesante conversación sobre la conservación de los barrios y ciudades históricas. Era para él un problema nuevo, sobre el cual no había formado criterio. Escuchaba atento mis explicaciones y parecía meditar. Seguimos deambulando a ratos en silencio; pasamos al pie de San Andrés, que elogió y llegamos hasta San Francisco el Grande, asomándonos desde varios puntos al valle del Manzanares, envuelto en la oscuridad. Del otro lado se extendía un mar de luces y la mancha oscura de la Casa de Campo. Le hablé brevemente del valle y su paisaje y le prometí una visita de día.

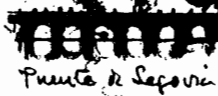
Pasamos nuevamente junto al Palacio Real, que admiraba con ojos de entendido, analizando la composición y los órdenes, y a la luz dorada de los focos admiró la belleza de la combinación de dos calidades de piedra: el granito berroqueño y la blanca caliza de Colmenar. “Es una combinación muy bella”, fue su comentario.

Cenamos agradablemente en un viejo restaurante de mucho carácter, rebosante de gente, y bebimos vino de la tierra. Creo que en cierta abundancia. Me sorprendió que, a pesar de su aire austero, igual que yo disfrutara de la bebida. Sonriendo me dijo que era afición muy antigua sobre la que había numerosas leyendas. “Conocerás la de Noé —me dijo, y añadió—: De siempre hubo dioses para los bebedores.”





Palacio D. Rosales.



Virrey M. Puerto.

Puente de Segovia



Vista que la calle de Segovia en primer  
 término. El palacio de los Conde de Alba dibujado  
 un Hospital. Dos vistas de San Francisco el  
 Grande desde el norte y al sur.

Después de la cena continuamos el recorrido.

Seguimos hablando de la conservación de los barrios históricos. “En el pasado — me dijo — este problema no se había planteado. Las ciudades crecían lentamente y su fisonomía cambiaba poco en el paso de una generación. Hoy, por lo que veo, es muy distinto, y lo que queda del pasado es cada vez menos en relación con lo nuevo. Creo que este hecho ha despertado en vosotros una sensibilidad distinta y un amor a los vestigios del pasado que en tiempos antiguos no existía. En este sentido parece que vuestra cultura es más sensible”, y a continuación, tratando de analizar mis dudas: “Ciertamente las culturas antiguas eran indiferentes a cuanto no perteneciera a ellas mismas. No les interesaba otra forma de vida, arquitectura o arte, y no les importaba destruirlo. Tampoco eran respetuosos con su propio pasado, si bien conservaban largas tradiciones”, y siguió diciendo: “Pero es cierto que existe una contradicción que no acierto a explicarme entre la insensibilidad artística que reflejan en general vuestras ciudades y la preocupación por conservar lo antiguo.” “Para entender mejor este problema — le dije — es preciso visitar una ciudad histórica. Mañana iremos a Toledo.”

Y como ya era tarde y estábamos cansados — yo al menos — decidimos retirarnos a descansar, sin que aceptara mi invitación de venir a casa. No me atreví a hacerle preguntas.

A la mañana siguiente, con la primera luz del día, salimos hacia Toledo. Había bruma que despejó pronto y el sol comenzó a bañar con su luz el paisaje de otoño, anunciando una mañana hermosa. Las lluvias caídas unos días antes habían sido suficientes para otoñar la tierra y una hierba tierna apuntaba en las cunetas y ribazos. Era el verdor de las eras, que cantó Jorge Manrique, tan inseguro y efímero como el destino humano.

En lugar de tomar la carretera general, que víctima del complejo centralista seguía igual que hace veinticinco años, tomamos un camino indirecto, pasando por Navalcarnero, Valmojado, Ventas de Retamosa, Camarena, Arcicollar y Bargas, atravesando sesgadamente las tierras de La Sagra. Paisaje de rastrojos, tierras pardas recién labradas y viñas que aún conservaban sus pámpanos dorados y rojos. Las torres de Navalcarnero, posiblemente con los chapiteles más bellos de Castilla la Nueva, se recortaban en el cielo y a sus pies se extendía un pueblo bajo de grandes tejados. Le hice notar el lamentable efecto de algunos bloques altos de nueva construcción que dominaban el primer término. “No hay duda — me dijo — que tienes razón; cosas así no deberían hacerse.” Más adelante, y próximos ya a las primeras casas, continuó: “¿Cómo es posible tal falta de sensibilidad, tanta torpeza? ¿Quién es capaz de hacer esta arquitectura?” “Ya ves — le dije — cómo el problema es real.”

Cruzamos tierras de labor y viñas al tiempo que el sol caldeaba la mañana. Cuando ha llovido a tiempo y la tierra se ha otoñado, el otoño es la estación más bella de Castilla, que parece envuelta en oro.

Camarena es un pueblo antiguo. En Arcicollar se pasa por una vega de huertas; lejanas alamedas marcan el curso de un arroyo. Poco más allá se cruza el río Guadarrama, que discurre extendido por un amplio lecho arenoso, en un agradable recorrido entre isletas y arboledas.

A lo largo del camino, que vamos haciendo sosegadamente, hemos visto perdices, abundantes en estas tierras. La primera estaba erguida sobre un ribazo al borde de la carretera y nos vio pasar sin moverse; después, una pareja corrió por la cuneta y levantó el vuelo cruzando la carretera...; más tarde vimos otras.

“Anoche leí el libro *La ciudad y su paisaje* — me había dicho —. Refleja un gran amor a las ciudades y al paisaje, y comienzo a comprender un problema que en el pasado no existía, o al menos no nos lo habíamos planteado”, y añadió: “Sin duda siempre se maltrató a la Naturaleza y se cometieron destrucciones en el paisaje, y pienso que en ocasiones muy extensas y graves, pero existía la idea de que la Tierra era inmensa e inagotable”, y como reflexionando y hablando consigo mismo continuó: “Durante muchos siglos, los bosques fueron talados para construir miles de barcos que han surcado los mares, y se abatieron los mejores para obtener mástiles fuertes y rectos, y grandes vigas para las quillas y cuadernas. A esto habría que añadir la leña: también durante miles de años todo el fuego que calentó los hogares procedía de la madera de los montes, y, por si esto fuera poco, los grandes rebaños de cabras completaban la tarea destructiva: ciertamente el problema es muy antiguo en lo que atañe a la conservación de la Naturaleza, pero ya veo que el problema hoy planteado tiene, además de otra escala, otras implicaciones”.

Cruzando el río se asciende a una gran llanura rasa de árboles, y en el horizonte, sobre una cadena de cerros, se distingue lejano el perfil de Bargas y la torre de su iglesia. A la izquierda, el humo negro de una fábrica de cemento...

“Ya veo, por lo que llevamos de recorrido, que las talas en Castilla han acabado con los montes”, comentó al enfrentarnos con la gran llanura desnuda. “Sin embargo, el paisaje es hermoso y tiene una gran nobleza. ¿Era Don Quijote de estas tierras?” “Exactamente no — le respondí —, aunque tampoco de muy lejos. La mayor parte de los comentaristas coinciden en señalar Argamasilla de Alba como su patria, que está a poco más de cien kilómetros de aquí, pero algunos piensan que pudo ser Esquivias, pueblo próximo a donde ahora estamos. En todo caso, el paisaje y las gentes son muy parecidos.”

Pasado Bargas el terreno se hizo más quebrado, había viejos y hermosos olivos y un monte de pinos y de encinas. Descendíamos. Finalmente apareció Toledo, entre cerros cárdenos, como una joya antigua.

Detuve el coche y estuvimos un tiempo contemplando la ciudad a distancia, fundida en el paisaje.

Nos aproximamos descendiendo y antes de entrar en el caserío tuve interés en detenerme y contemplar la vista de su fachada norte. Era la panorámica que había pintado El Greco, aunque no tomada desde un punto de vista único, cosa frecuente en este tipo de representaciones. Las muchas construcciones



posteriores y las carreteras y grandes muros de contención han desfigurado tanto la ladera que resulta casi irreconocible.

“Aquí vemos las consecuencias de una ciudad que crece, aunque por fortuna la mayor parte del ensanche se ha realizado en el llano, hacia la carretera de Ávila, y perturba poco la contemplación de la ciudad histórica, pero ya ves la cantidad de nuevas edificaciones a nuestros pies y al borde de la carretera. Mis recorridos y dibujos por las ciudades históricas me han permitido comprobar que la topografía, que en tiempos servía de base a su defensa militar, ha servido también más tarde para protegerlas del crecimiento en los tiempos modernos: los tajos, los cauces de los ríos, los fuertes desniveles, etc., han llevado de manera espontánea los ensanches hacia las zonas más bajas y llanas, evitando mayores desastres.”

Desde unos jardincillos en los que, a pesar de lo avanzado de la estación, aún había rosas, le fui señalando las murallas árabes, la Puerta de Bisagra, el Alcázar, el Hospital de Santa Cruz y los apiñados conventos de la Santa Fe y Concepción Franciscana, donde se levantaban los palacios de adobe de los reyes de Taifas. ¡Qué bello y elegante puede ser un palacio de adobe!

Sin entrar en la ciudad tomamos el camino de la circunvalación y pasamos junto al puente de Alcántara, y después de detenernos en distintos lugares sin bajarnos del coche, lo hicimos en la ermita de la Virgen del Valle, donde nos detuvimos un rato. Así como hay ciudades de una sola fachada, Toledo presenta infinitas según se avanza a lo largo de la circunvalación que discurre paralela al río.



Toledo, April 91.

Llegamos a un punto, donde orillamos el coche en un camino lateral, y descendimos hasta unas peñas en las que tomamos asiento.

“He pasado largos ratos — le dije — contemplando la ciudad desde lugares como éste. He visto cambiar las luces con el día, y cómo las sombras iban modelando el relieve de distintas maneras. Me ha parecido escuchar en el rumor del Tajo sonidos que venían de tiempos muy lejanos, y he pensado que, como con las aguas, siempre distintas y siempre la misma, ocurre con las ondas sonoras. Ya sé que esto sólo es una fantasía poética, pero hay algo de cierto que Quevedo supo intuir maravillosamente cuando contemplaba la desolada Roma de su tiempo:

*Sólo el Tíber quedo, cuya corriente,  
si ciudad la regó, ya, sepultura,  
la llora con funesto son doliente.  
¡Oh, Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura  
buyó lo que era firme, y solamente  
lo fugitivo permanece y dura.*

El agua que corre, el viento y las nubes que pasan, los sonidos que bajan con el río... son lo permanente.

La sonoridad de los ríos es siempre algo lleno de misterio; aquí en Toledo, apresados en la curva de la hoz, resuenan como en una enorme caracola.

Si prestas atención parece distinguirse a veces como sonar de campanas, ladridos, cantos de gallos, voces humanas, rodar de carros y fragor de armas. Ecos de tiempos lejanos que llegan a nosotros como la luz de estrellas ya extinguidas.”

También Garcilaso, toledano y europeo, debió sentir esa sensación que comunica el perenne fluir de las aguas y su insondable misterio...”Danubio, río divino, que por fieras naciones vas con tus claras ondas discurriendo...”.

Pero dejemos la poesía y volvamos a la ciudad y su entorno. Para quienes damos gran valor al espíritu y a su presencia a lo largo de la historia, las ciudades del pasado tienen valores que exceden de su propia arquitectura. Para mí, y así lo decía en *La ciudad y su paisaje*, la ciudad es la huella de los hombres en la Historia. Todo cuanto ha sido importante en la vida de quienes las habitaron ha quedado en ellas reflejado; a veces con altísima calidad estética y siempre con humana y expresiva autenticidad: la fe, los grandes ideales, las instituciones, los linajes ilustres, la fama, prosperidad y decadencia; grandeza, miserias y derrotas... que van labrando su imagen y cargándola de heridas, símbolos e historia — y añadía — . Constituyen por ello nuestras viejas ciudades un precioso legado espiritual y estético, cuyo altísimo valor no alcanzamos aún a comprender plenamente.

“Pienso — continué, mientras me escuchaba con mucha atención — que la ciudad, para ser bien entendida, debe ser considerada como una creación artística total, como suma de arte, en la que la creación individual, por alta y señalada que sea, se funde con la creación de otros, en su mayoría colectiva y anónima, para constituir una composición total más compleja, de la cual pasa a formar parte. La mutua influencia y los efectos de interrelación hacen que la composición que así se produce no sea una simple acumulación de arte, sino una creación artística de orden superior, lo que llamaríamos una majestuosa *Summa* de arte. Y todo esto se produce en un marco geográfico determinado, sobre una topografía condicionante de las formas, con materiales extraídos de la naturaleza próxima y bajo la acción constante de los agentes naturales.”

“Estas consideraciones me han llevado a una analogía matemática que me atrevo a proponerte por creer que tu cultura antigua, tu conocimiento de las distintas filosofías y la amplitud de tu pensamiento, así como tu posible amistad con Pitágoras — aquí se sonrió —, serán capaces de aceptar algo que en otro caso podría parecer una pedantería: estarás de acuerdo en que todo problema de arquitectura podría ser representado por una función en la que existen ciertas variables y parámetros. Pues bien, la ciudad sería como una función de funciones a lo largo de la historia.”

Parecía comprender y asentir.

Volvimos a la realidad inmediata.



“¿Ves aquí — le señalé — la forma en que la ciudad se pliega a la topografía y resalta su relieve? Ahora la luz está muy alta, pero a la caída de la tarde verás cómo la vaguada del Pozo Amargo, que desciende hacia el río cubierta por una edificación humilde, se acusa como una brecha profunda, hendiendo el cerro. ¿Ves cómo los edificios importantes contribuyen a resaltar el relieve? A la derecha, el Alcázar dominante; a la izquierda, un grupo de torres y cúpulas se apiñan en otra prominencia más alejada; en el centro, en una depresión se levanta la catedral, cosa que es excepcional en las ciudades históricas, ya que la catedral suele ocupar un lugar preeminente. Sin duda, la razón se debe a que se levantó sobre el solar de la mezquita árabe. También sabrás — le dije — que aquí en Toledo hubo un grandioso acueducto que, atravesando la hoz frente al Alcázar, llevaba el agua a la ciudad romana. Aún queda el arranque de sus pilas, y por ellas y los puntos de entrada y salida del agua es fácil determinar la altura, próxima a los ochenta metros, altura no alcanzada por ningún otro puente o acueducto. Sorprende, y siempre me ha extrañado, que un obra así no haya dejado referencia escrita, ya que merecía figurar entre las maravillas del mundo. En tiempos más recientes, en el reinado del Emperador, el ingeniero italiano a su servicio, Juanelo Turriano, construyó un sistema para elevar el agua desde el Tajo, que se llamó artificio

de Juanelo y que, según parece, consistía en un sistema de ruedas de cangilones, movidas todas ellas por una gran rueda hidráulica, que elevaban el agua a sucesivos depósitos.”

El sol se iba acercando a su cénit y, aunque la mañana era hermosa, la luz no era la más favorable. Continuamos la circunvalación y decidimos entrar en la ciudad. Sobre nosotros volaban pequeñas bandadas de grajos que dilataban el aire con su graznido metálico. “Éstas y las torcaces — dije — anidan en los riscos y escarpaduras del río.”

Nuestra primera visita fue a la catedral. Su interior estaba silencioso, envuelto en una suave penumbra, casi oscuridad al entrar de la calle. Olía a esa mezcla de humedad, incienso y cera, propia de las catedrales; por las vidrieras entraban ráfagas de luz multicolor que iluminaba partes de la arquitectura, el resto parecía perderse en la penumbra, sin límites concretos y definidos.

Sonaron unos acordes de órgano, que resonaron por las bóvedas hasta extinguirse. Poco iluminado se adivinaba el gran retablo a través de las rejas...

“Es un espacio mágico.”

“Así lo creo — le contesté, añadiendo en broma —. ¿No estarás de acuerdo con Vasari cuando hablaba tan despectivamente de aquellos góticos, de aquellos bárbaros, que desconocían la serena belleza del mundo clásico?”

Contestó: “Es el peligro de vivir sólo en nuestro tiempo.”

Nos acercamos al altar mayor; nos íbamos acostumbrando a la penumbra y comenzaban a distinguirse las formas. Un haz de luz iluminaba la reja.

“Fácilmente verás que aquí existen estilos muy diversos y que es obra en la que han influido distintas culturas, fundidas en una sola; es por ello como una rica amalgama de arte.”

Recorrimos la girola y veíamos los pilares que como haces de innumerables tallos se dividían y entrelazaban en las bóvedas, cubriéndonos como el ramaje de un bosque.

“Estarás de acuerdo — le decía — en que es una arquitectura que, además de crear asombrosos espacios interiores, llega al límite en cuanto a posibilidades estructurales de la piedra. Es maravilla ver cómo con un mínimo de material y de peso se cubren los espacios, y la forma en que se transmiten las cargas. Creo que es imposible estructura más racional y perfecta a partir de un material que no admite esfuerzos a tracción, además de su extraordinaria belleza.”

“Ahora que el trabajar con ordenadores facilita tanto las cosas, sería interesante analizar las estructuras góticas más famosas y comprobar en qué medida se ajustan a los límites posibles. Estoy seguro que sería muy difícil afinar sus estructuras.”

Y siempre con la intención de tirarle de la lengua añadí: "Hemos visto lo que decía Vasari, pero ¿qué pensaría un griego?"

"Me es difícil responderte: ya has ido viendo que te hablo desde el pasado. Pero de un pasado abierto, que no se encierra en ninguno de los períodos históricos. Creo que para un griego culto la impresión sería desconcertante y sorprendente, pero confío en que su sensibilidad estética y su disposición abierta a conocer saldrían vencedoras sobre las limitaciones que "nuestro" tiempo nos impone", y continuó: "Hay que aceptar que los griegos no crearon grandes espacios interiores. El griego vivía al aire libre; lo más había pórticos, patios, salas siempre de limitadas dimensiones. El templo y en general la arquitectura griega están concebidos para ser contemplados exteriormente; a lo más, como digo, se penetraba en pórticos y patios. No había un espacio comparable al gótico.

Roma era distinta, utilizaba los órdenes clásicos y construye templos como los griegos, pero crea también otras tipologías y valora el espacio interior. El Panteón es un espacio cósmico."

Desde la catedral nos encaminamos a Santo Tomé, tenía curiosidad por conocer su reacción ante el cuadro del Greco. Lo contemplamos durante largo rato. Leyó la inscripción en la que se explica el milagro, y en voz muy baja hizo la siguiente reflexión: "Es un cuadro bellissimo, con una carga enorme de espíritu. Es arte metafísico."

"Has de tener cuidado — le dije con cierto humor — de utilizar estos conceptos, hoy no se llevan entre los intelectuales."

"Qué más da — dijo —. Sé que los tiempos y las ideas cambian, a veces para no volver, pero hay valores esenciales que siempre retornan, aunque sea bajo distinta apariencia. A largo término, lo esencial es siempre permanente. Hemos de evitar en lo posible dejarnos aprisionar por el tiempo."

Salimos de Santo Tomé y encaramos el gran muro del Palacio de Fuensalida. "Es un palacio cargado de historia, de esa historia íntima y humana que me interesa tanto. Aquí vivió Guiomar, hija del conde de Fuensalida, y es fácil suponer que Jorge Manrique cruzó con frecuencia este mismo umbral, como ahora lo hacemos nosotros. Años más tarde, aquí murió la bella y dulce emperatriz Isabel, cuyo retrato pintado por Tiziano te he de mostrar en El Prado; aquí hay una copia."

"Jorge Manrique — dijo — ha sido uno de los grandes poetas que ha sabido transmitirnos la emoción del tiempo. Nuestras vidas son como ríos. Somos prisioneros del tiempo; flotamos en la corriente del tiempo por el que somos arrastrados continuamente en movimiento irreversible; y en otro orden de ideas, ésta nos lleva nuevamente a que la realidad objetiva es muy escurridiza. No existe la posibilidad de salir del flujo de la corriente para ser espectador desde la orilla. Somos prisioneros del tiempo."

"Volviendo a la poesía — dije —, Manrique es uno de mis grandes poetas. También lo es Quevedo.



Manrique es el reflejo de un instante, al final de la Edad Media, en que el clima espiritual de Castilla debió alcanzar una enorme finura, que se refleja en varias obras de altísima calidad. La estatua yacente del Doncel de Sigüenza — que te he de mostrar al menos en fotografía — es una de ellas. Es una meditación serena de la muerte y una emoción transcendente emana de la estatua; el tiempo parece detenido en un suspense maravilloso, en el que se reflejan la tristeza y la esperanza.

Ambas, las coplas y la estatua, tienen un mismo espíritu y expresan de distinta manera que la vida es como un manar y fluir continuo del espíritu en busca de ese mar infinito y misterioso al que nuestras vidas y nuestras almas van a dar.”

Cuando más adelante le mostré unas fotos del Doncel comentó:”Mucho me gustaría conocer la estatua. Indudablemente la espiritualidad medieval infundió en la escultura valores que no existían en la escultura clásica; más preocupada de las formas que del espíritu, del cuerpo que del alma. Aquí el cuerpo queda oculto por la armadura y es la actitud y el gesto, el rostro, las manos, los ojos..., los que nos transmiten un sentimiento profundo. ¡Es admirable cómo a través de la piedra se puede expresar el alma!

Es ciertamente una serena y bellísima meditación de la muerte.”

Aún antes de la hora de comer nos dio tiempo a visitar la casa del Greco. Es la ventaja de haber madrugado, comentamos.

La visitamos evocando el pasado y nos detuvimos en el pequeño jardín donde parecía que el tiempo se había detenido. Contemplamos el cuadro con la panorámica de Toledo, cuyo punto de vista he intentado precisar tomando distintos apuntes. El recuerdo de los dos grandes cuadros que acabábamos de

ver: el del entierro, en Santo Tomé, y el del Espolio, que habíamos visto en la sacristía de la catedral, nos embargaba aún.

“Sería bueno comer al otro lado del Tajo — le dije — , con la vista de Toledo enfrente”, y salimos nuevamente de la ciudad.

Durante la comida hablamos de los Cigarrales. La etimología es indudable: montes secos en los que canta la cigarra. También se llamaban Granadales las huertas de la Vega, en la que crecían granados, famosos por sus grandes flores. Son Cigarrales los montes del otro lado del Tajo, desde los que es visible Toledo, y a la inversa, todo cuanto se ve desde Toledo, al otro lado del río, son Cigarrales. Los Cigarrales tienen larga tradición como casas de campo y de recreo; entre las encinas, chaparros y rocas que cubrían las laderas se plantaron olivos y almendros, y próximos a las casas y lugares más húmedos, nogueras, parras y algún árbol frondoso, lo que dio lugar a un paisaje peculiar. Vistos desde Toledo resulta una entonación oscura y plateada, con algunos toques cárdenos, que se anima suavemente cuando los almendros y el cantueso florecen. La existencia de los Cigarrales ha supuesto desde antaño una efectiva defensa del paisaje.

Hace algún tiempo tuve ocasión de proyectar la casa de un Cigarral. Hoy es una casa más, que contribuye a crear paisaje; una casa entonada, agradable de vivir, que podría estar allí desde hace largos años. A su alrededor crecen lentamente los cipreses y un jardín austero.

Comentamos la vista de Toledo y el problema de las nuevas construcciones. Todo se reduce a un problema de sensibilidad y buena arquitectura. “No hay duda de que nuevas edificaciones construidas con materiales modernos, como el vidrio y el acero, podrían brillar como joyas en la ciudad mate y terrosa, contrastando su belleza; pero, aun suponiendo la sensibilidad y el acierto, sería también precisa una calidad constructiva, hoy por hoy fuera del alcance de una economía como la de Toledo. Desgraciadamente la experiencia viene demostrando que cuando se deja libertad se cometen grandísimos errores. Es cierto que también es un peligro, en el inevitable proceso de renovación que una ciudad así requiere, la paulatina e insensible sustitución de lo auténtico por un falso estilo de tópicos toledanos, como ya sucede. Es realmente un problema muy difícil.”

“Ahora volvamos a Toledo dándonos prisa, que aún hay muchas cosas que ver, y más tarde, cuando el sol decline, daremos otra vuelta de circunvalación y desde allí veremos anochecer.”

Deambulamos por distintos barrios y visitamos las sinagogas; pasamos al pie de los grandes conventos y, cruzando un Zocodover animado y bullicioso en el que abundan los turistas, llegamos hasta el Alcázar. “La visita del Alcázar requiere una especial disposición de ánimo y me parece mayor cortesía dispensarte



de algo sin duda para ti tan lejano como para mí Maratón o Salamina; basta que te diga que aquí se dio no hace muchos años una defensa heroica.”

Cruzamos nuevamente la ciudad, por un laberinto de callejuelas irregulares, viéndonos con frecuencia obligados a desandar el camino. “Vista desde el aire es una trama urbana de belleza orgánica, muy apreciable en las fotos aéreas. Podría ser un cerebro..., una elaborada madriguera..., algo vegetal... Habrás visto que en *La ciudad y su paisaje* llamo a Toledo la ciudad grabada en la arcilla, porque también vista desde el aire la ciudad tiene un tono terroso como los campos en que se asienta. Recordarás el dibujo en el que he representado la ciudad musulmana medieval; quise dibujar un paisaje, porque creo que los planos actuales han perdido algo que tenían muchos planos antiguos; quise revivir en los planos el interés por el paisaje con las sombras de los acantilados y el brillo de las aguas, el verdor de las huertas y las

alamedas, el plata de los olivares y el verde bronceado de las encinas..., el rojo y el pardo de las tierras de labor con los dorados rastros... Recordar aquellos planos antiguos en los que dibujaban los árboles y los barcos. Si te has fijado, habrás visto que en la vega próximo al Palacio Campestre, en la Huerta del Rey, conocido también como Palacio de Galiana, hoy bellísimamente salvado de la ruina y rodeado de cuidados jardines, he dibujado el gran estanque que allí hubo, en el que se levantaba el Pabellón de la Noria, que tanto admiraba a los cronistas árabes. He dibujado también los canalillos y cauces por los que corría el agua elevada por las grandes ruedas de cangilones que, movidas por la corriente, regaban los campos, recordando los versos de Garcilaso:

*De allí, con agradable mansedumbre,  
el Tajo va siguiendo su jornada,  
y regando los campos y arboledas  
con artificio de las altas ruedas. “*

Llegamos nuevamente a El Tránsito, donde había quedado el coche y nos asomamos al valle, contemplando los Cigarrales por los que ya comenzaba a avanzar la sombra. “Este próximo es el de las Cañas. El que yo construí y del que ya te he hablado. ¿Ves el jardín, escalonado en la ladera? Aún está poco hecho; los jardines requieren años para hacerse, y la ilusión, la impaciencia y el deseo corren más que el tiempo. Imaginé un jardín austero, casi ascético, bueno para el sosiego y la serena meditación. El paisaje natural ha de tratarse con delicadeza y pasar del jardín más cuidado y artificial que rodea la casa al monte, con sus pequeñas plantas y las rocas. Había muchos olivos sedientos, que al cuidarlos se han poblado de más abundante ramaje y algunos almendros, además de las encinas y chaparros, que se completaron con cipreses y laureles y algún pino aislado de bien formada copa, que crece lentamente... En las proximidades de la casa, que tiene algo de casa de labor, el desnivel del terreno da lugar a la formación de terrazas contenidas por muros de mampostería con verdugadas de ladrillo, unidas entre sí por rampas o escaleras de ladrillo a sardinel, que igual que los caminos de alrededor se cubren de emparrado o entoldado de glicinias; caminos de crujiente arena que llevan a una plazuela circular rodeada de macizos de boj en la que se oye el murmullo de una fuente — me hubiera gustado colocar una taza de mármol blanco — . En la parte más alta del jardín proyecté un amplio pilón en el que se almacenase el agua para riego y en el que podrían beber las palomas, agua que debería correr por canalillos y arquetas de terraza en terraza. Espero que

algún día se coloquen también algunos bancos de piedra por terrazas y paseos, buscando el frescor de la sombra y quizá alguna antigua columna o estatua de mármol blanco sobre un fondo de oscuros cipreses.

En un ángulo rocoso, espolón que avanza sobre el río, frente a la ciudad y rodeado del fragor próximo del Tajo, proyecté un cenador de hierro, aún no construido.”

Cuando llegamos nuevamente al otro lado del río el sol estaba ya muy bajo y las sombras eran largas y profundas, acusando fuertemente el relieve. El fondo del valle se oscurecía rápidamente y el Tajo tomaba tonos acerados.

Habíamos subido hasta la ermita de la Virgen de la Cabeza y dominábamos un amplio panorama. Fuimos comentando las piezas más señaladas de la gran composición y lamentamos el descuidado aspecto de los Rodaderos, vertederos en los que durante siglos se han ido acumulando los escombros y desechos de la ciudad, desfigurando el acantilado. Más aguas abajo, a partir del convento de los Gilitos, recientemente restaurado y salvado de la degradación y la ruina por mi amigo Fernando Chueca, las rocas aparecen al descubierto y crece la vegetación salvaje. San Juan de los Reyes, con sus agujas y cresterías góticas, es pieza muy importante en el paisaje toledano. Comentamos la necesidad de mejorar el aspecto del Seminario, con un tratamiento acertado de su entorno y de los Rodaderos. Es sin duda la peor pieza del conjunto, muy visible, exagerada de escala y mal implantada. También era lamentable el aspecto del río y de sus descuidadas márgenes.

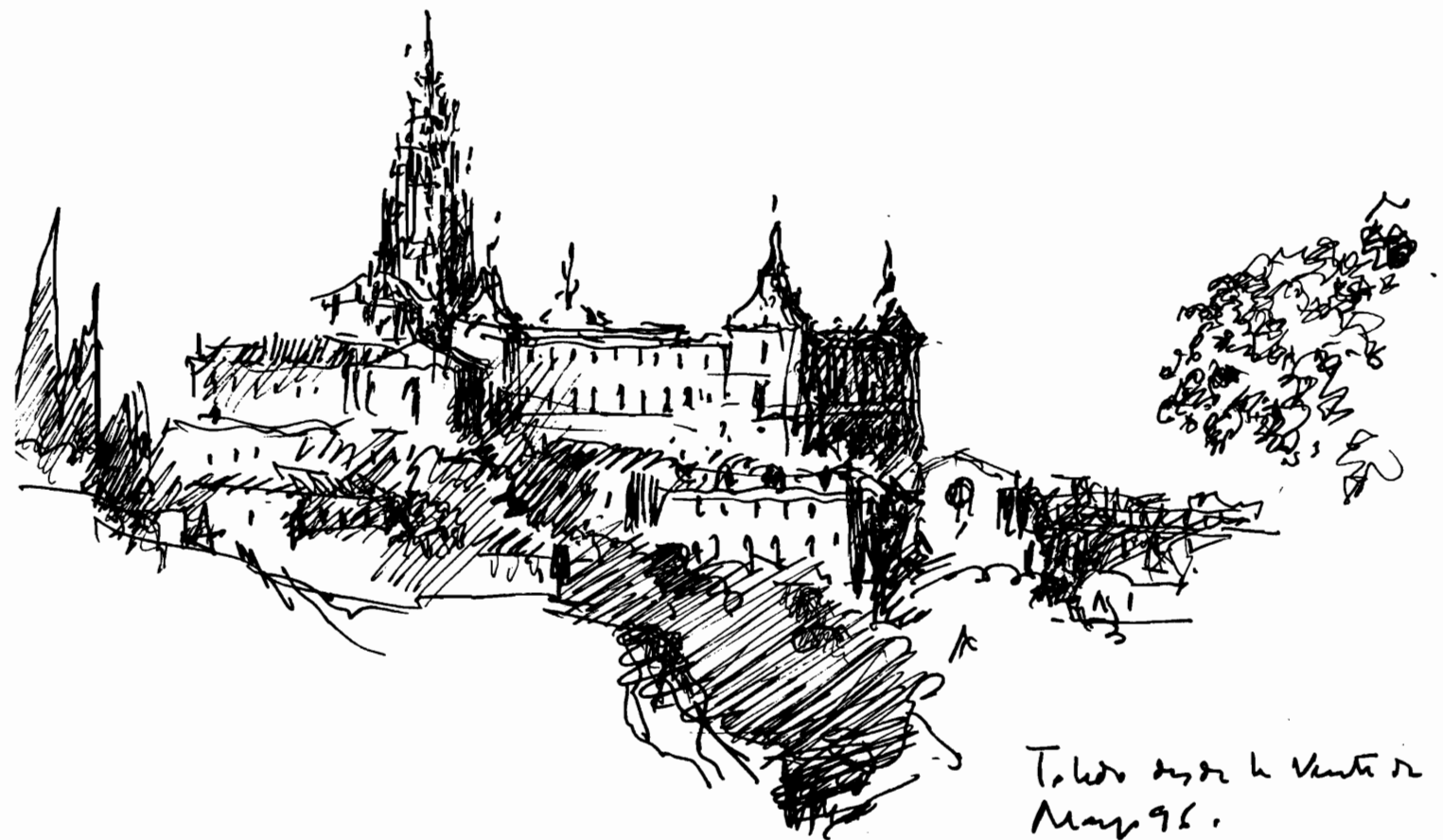
Sin embargo — convinimos — habría que actuar con sensibilidad y cuidado para no desvirtuar el carácter austero de la ciudad y su paisaje; la terriza entonación que lo domina. “Es como todo, un problema de arte”, comentó.

A todo esto el sol declinaba rápidamente y la sombra avanzaba por el valle; ya sólo en algunas partes altas, torres y cúpulas, brillaba el sol poniente, arrancando destellos. La ciudad se iba oscureciendo, el cielo tomó un tono rosa violeta y el agua se puso negra con brillos de azogue. Comenzaron a encenderse las primeras luces.

Cuando se apagó el último destello y desapareció el último rayo de sol, aún estuvimos un rato escuchando en silencio la sonora voz del Tajo, que ascendía de la profundidad del valle, y viendo cómo por un lado y otro el caserío se iluminaba tenuemente con reflejos nacarados.

Cuando volvimos al coche la oscuridad era completa.

“No hemos tenido tiempo de ver — le dije — la cantidad de arte que encierra la ciudad. Toledo es una ciudad cargada de historia que tuvo momentos de esplendor cultural: con Alfonso VII fue capital de las tres religiones, y con Alfonso el Sabio luz de Oriente que brillaba en Occidente. Aún en el siglo XVI tuvo Toledo otro momento de esplendor. Desde entonces, como Castilla entera, ha sufrido una larga y



Toledo desde la Ventana de Cavañales.  
 Mayo 96.  
Juan Luis

triste decadencia. Muchas veces me pregunto: ¿Qué son hoy nuestras viejas ciudades, sólo sus piedras muertas y el recuerdo de un tiempo que pasó, o hay aún algo vivo de su espíritu que pueda renacer en nosotros?”

“Eso será en la medida en que seáis capaces de hacer el milagro.”

Regresamos a Madrid por la carretera general y tardamos más de dos horas en recorrer 70 kilómetros. Tuvimos ocasión de hablar largamente.

Siempre he sentido una rara curiosidad por conocer de cerca a los personajes históricos, su rostro, su humanidad... Ahora se unía a esa curiosidad el deseo de saber detalles acerca de la naturaleza y origen de mi extraño visitante y amigo; del mundo en que había vivido y de su conocimiento directo de determinados personajes, me parecía que así podría acotar el tiempo y lugar en que había transcurrido su vida real, si es que ésta alguna vez había existido.

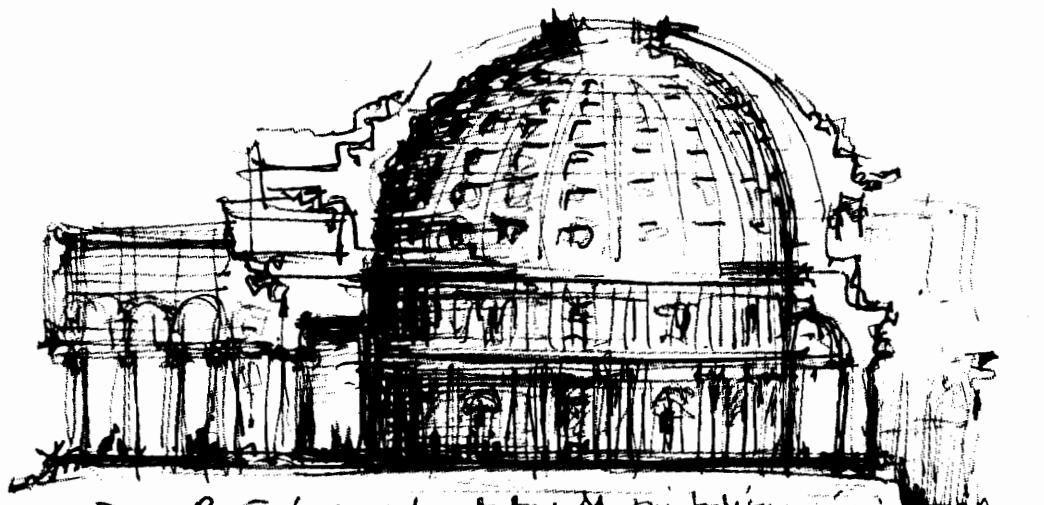
Así en nuestros largos paseos y conversaciones, aprovechaba la oportunidad de hacerle ciertas preguntas sin parecer impertinente. En una ocasión, hablando de urbanismo y del trazado de ciudades, le pregunté intencionadamente por Hipódamos de Mileto. Sonrió y me dijo que Hipódamos era un personaje extravagante, para muchos con fama de loco, pero de gran cultura y sensibilidad artística, y con espíritu a un tiempo racionalista y poético. En otra ocasión le pregunté detalles sobre la construcción de la Acrópolis, y del hecho extraordinario de que en pocos años, una ciudad pequeña como Atenas, que hoy no pasaría de ser por su población una modesta capital de provincia, hubiera sido capaz de realizar una obra así. “Coincidieron varios factores — me dijo — . Atenas había llegado a su plenitud histórica y cultural, y el tesoro de Delos, aportado por todas las ciudades griegas en previsión de una nueva guerra con los persas, permitió una gran movilización de recursos. Se contrataron artistas de toda Grecia y Atenas se convirtió en un inmenso taller”, y añadió: “Sin embargo, la apropiación del tesoro por Atenas fue una decisión funesta que desencadenó la desastrosa guerra entre las ciudades griegas. Sólo el orgullo, la codicia y una arrogante idea de superioridad pueden explicar tan funesto error. Bien es cierto que la apropiación del tesoro sólo fue una de las chispas que encendieron la guerra. La realidad fue una pugna por la hegemonía y el poder sobre las ciudades griegas.” “Es cierto — le dije — , pero no hay duda de que la Acrópolis es hoy uno de los grandes símbolos de la Grecia clásica”. Continuó diciendo: “El momento cultural era muy propicio y Pericles supo movilizar la capacidad creadora de Atenas, pero también es cierto que tuvo la suerte de contar con artistas de primerísima calidad, como los arquitectos Kalikrates e Ictino y el gran Fidias.” “Sin embargo — le repliqué — , en mi opinión ello no resta mérito a la obra de Pericles. Mi ya larga vida profesional me ha hecho ver la importancia del cliente tanto como la del propio arquitecto, y he llegado al convencimiento de que detrás de toda gran obra de arquitectura hay siempre un gran cliente.” “Es cierto, y sin duda Pericles lo fue en grado extraordinario. En sus obras hay un no sé qué de floreciente novedad, insensible a las injurias del tiempo, como si cada una de esas obras contuviese un espíritu rejuvenecedor y un alma inaccesible a la vejez. Pero sobre todo fue un hombre capaz de convencer y entusiasmar. Arrastró y supo movilizar la ilusión y las mejores capacidades de su pueblo. Era un orador que sabía transmitir, con sencillez que todos comprendían, ideas nuevas y eficaces. Un día, dirigiéndose a un auditorio popular que



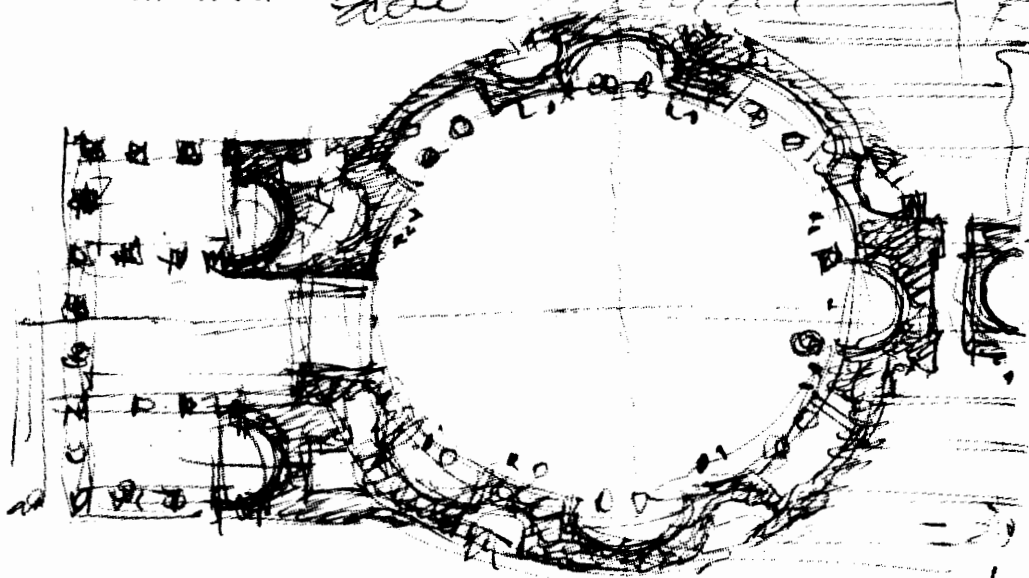
Vista de la Acropolis.  
May 26.

le escuchaba en el ágora les dijo: No es una vergüenza ser pobre, la vergüenza es no luchar para acabar con la pobreza. Tenía frases como ésta.” “Es una idea actual en un lenguaje moderno”, le dije. “La inteligencia — me contestó — no es ni antigua ni moderna”, y continuó diciendo: “Atenas se convirtió en un inmenso taller. De toda Grecia vinieron artistas, canteros y artesanos, unos contratados y otros a pretender. Varios cientos de carretas, muchas también venidas de otras ciudades y aldeas, transportaban los grandes bloques de mármol desde la cantera a la obra, y el sonido de cientos de cinceles golpeando y labrando la piedra se oía en toda Atenas. Ya puedes suponer que además de Fidias trabajaron otros muchos escultores y que son relativamente pocas las esculturas que él realizó directamente; sin embargo, dirigió todo y dibujó muchos de los bocetos. Habrás apreciado bien la diferente calidad de las esculturas; particularmente en las metopas la diferencia es muy grande, y a pesar de que Fidias desechó muchas, aún quedaron algunas que desdicen claramente.” “Supongo que las principales figuras de los frontones, obras maestras de la escultura universal, sí son obra personal de Fidias.” “Así lo creo — respondió — algunas de ellas sin la menor duda.” “También pienso que los famosos caballos del Carro del Sol, hundiéndose en el mar tras la larga galopada, han de ser obras de Fidias.” “Al menos su extraordinaria calidad así lo acredita”, contestó. Y añadió que además Fidias hubo de dedicar mucha atención y trabajo a la gigantesca escultura de oro y marfil de Palas Atenea, en la que se empleó parte considerable del tesoro. “Ya sabes — me dijo — que la gran altura de la estatua obligó a modificar el proyecto inicial del Partenón. Pero

Simbolismo cónico de líneas.



En el Pantheon no cabe duda de simbolismo cónico de líneas. La composición se basa en un eje que une el Pantheon con el acueducto y relaciones simétricas.



Pantheon

La gran cantidad de arcos, líneas y horizontales, definen la masa sin perder estabilidad al cuerpo y resistencia al cuerpo de la bóveda.

Los materiales empleados son dignos de un templo, pero y resalta en el exterior por el orden de las columnas y la forma de la cúpula. Hay una gran armonía de líneas y colores. El interior es un espacio de luz y sombra. La gran cantidad de arcos y líneas horizontales definen la masa sin perder estabilidad al cuerpo.

todo esto a lo que me estoy refiriendo es sólo una parte, la más material y visible: Paralelamente se producía en Atenas una explosión de las ciencias y el pensamiento, con corrientes muy vivas, y alcanzaban la mayor intensidad los problemas del espíritu. Vivió entonces una gloriosa generación. También por aquellos años Herodoto, aunque era natural de Halicarnaso, en Caria, residió en Atenas. También por entonces comenzó a brotar la mala hierba del sofismo.”

Hablamos también de teatro, de la fuerza dramática de Esquilo. Esquilo seguía viendo el mundo como lo vio Homero. El sol y la oscuridad son universales, el horror es horror sea cualquiera el que lo sufra..., ambos viven en una larga tradición de origen muy remoto y son capaces de transmitirnos emociones de tiempos prerracionales, lo que les hace ser aún más profundamente humanos.

“Verdaderamente — dijo — parecen ponernos en comunicación con sentimientos, angustias y emociones que se remontan al oscuro origen de nuestra especie humana. En cualquier caso — prosiguió — fue un momento de plenitud del mundo clásico.”

Esto nos llevó a hablar de los remotos orígenes del arte, y le hablé de los hombres de Altamira.

Más tarde, en el estudio le mostré láminas de las pinturas. Tenía en mis manos un libro del profesor García Guinea que me había interesado grandemente; en él aparece el hombre prehistórico no como un artista desconocido y lejano, sino cómo un hombre muy próximo a nosotros frente a los misterios del cosmos; y se nos ofrece, dentro de las tinieblas de un pasado remoto inabordable, en un resplandor de humanidad, el misterio de tantas almas viviendo miles de años sobre la tierra. Léimos algunos párrafos: “El cerebro humano apareció como un milagro para establecerse como conciencia pensante de la creación, como la única maquinaria — después de la divina — capaz de recomponer el proceso incomprensible del cosmos. En su primera etapa, el hombre crea él mismo su explicación, surgiendo así miles de versiones imaginativas adscritas a la magia o a la mitología. Sólo el esfuerzo de la razón, el continuo ejercicio de la misma y la transmisión de ese mecanismo a las sucesivas generaciones, logró iniciar las etapas auténticamente científicas en el conocimiento de los misterios naturales”. “Nuestro conocimiento del hombre cuaternario dejó de ser puramente técnico y utilitario para invadir, cada vez con más penetración, los campos del espíritu y de la intimidad del ser” “y nos hacía ahora hermanos — en la lucha, en las tristezas, en la intimidad desorientada, y, hasta en la incógnita siempre actual de los misterios de la vida y de la muerte — de aquel hombre angustiado y nervioso, que un día pretendió a su manera explicar el torrente de sensaciones y misterios en la más elevada expresión de inteligencia, que es el arte”. “El sentido artístico del hombre prehistórico demostraba que la sensibilidad humana podía asentarse en mentes consideradas salvajes desde el punto de vista técnico, y que la capacidad creadora del hombre y la posibilidad del genio existían ya en culturas materialmente iniciales”. “El arte se anticipó a la técnica,



porque surge de la mente individual, mientras que el progreso técnico necesita una elaboración continuada de 'las mentes colectivas'. Efectivamente necesita la elaboración social, comunitaria.

— Como dice el profesor García Guinea — agregue — la intensa emoción estética se siente dentro de la atmósfera misteriosa en que las pinturas fueron creadas — en el ambiente en que surgen, no preparado por el artista prehistórico, pero sí elegido. Es un conjunto en el que se expresa la potencia desencadenada y viviente de una especie.

— ¿Qué antigüedad tienen estas pinturas? — me pregunta — "13.500 años."

La circulación era intensa y el viaje se alargaba. Era ya tarde, la conversación volvió a recaer sobre Esquilo. Recordaba el epitafio sobre su tumba en Sicilia:

*Bajo este monumento yace Esquilo el ateniense, hijo de Euforio  
muerto en los trigales de Gela.*

*El bosquecillo de Maratón con sus glorias,  
Podrá hablarnos de su valor en el combate.*

*Los persas de larga cabellera lo recordarán y podrán atestiguarlo.*

“¿Cómo es posible — le pregunté — que sus autores olvidaran su gloria como poeta, oscurecida por el recuerdo de su gloria militar?”

“Has de pensar — me respondió — que el epitafio fue escrito por hombres de armas en campaña, pero además, has de tener presente que los atenienses de esa generación habían vivido bajo la angustia de la amenaza persa y el asombro de su propia victoria. Cuando los persas arrasaron Mileto, después de un largo asedio, los atenienses tuvieron conciencia culpable y un escalofrío de horror corrió por Atenas. Los persas estaban en las costas de Asia, a una noche de navegación con viento favorable.

Las victorias de Maratón y Salamina cambiaron el curso de la historia.”

El viaje se alargaba.

Como me había hablado contra el sofismo con una vehemencia que me parecía exagerada, le pregunté:

“Dijiste que el sofismo había crecido como una mala hierba contribuyendo a la ruina del mundo clásico. ¿Crees que realmente fue así? Hay quienes afirman por el contrario que el sofismo fue un brillante reflejo de la agudeza y espíritu crítico de la Grecia Clásica.” “Es posible, sin embargo sus efectos fueron demolidores porque contribuyeron a poner en crisis los principios éticos de la sociedad griega con un relativismo absoluto. Por ejemplo, la afirmación de Protágoras de que era posible mediante argumentaciones lógicas demostrar una propuesta y su contraria, te muestra hasta que punto podía ser una filosofía corrosiva. Pienso que toda sociedad ha de estar basada sobre principios éticos elevados, que deberían ser firmes y seguros. En este sentido soy Socrático.” “En esto estoy totalmente de acuerdo contigo” — respondí.

La mañana siguiente la dedicamos a visitar El Prado y a recorrer alguno de los nuevos barrios de viviendas modestas. Quería conocer su reacción frente a las distintas formas de urbanización y sus resultados.

Visitamos urbanizaciones formadas por bloques paralelos de doble crujía, cuyo aspecto en general era deplorable: el espacio entre bloques era una tierra sucia y descuidada: barro en invierno y polvo en verano, donde no crecía una brizna de hierba y en la que aún sobrevivían algunos árboles raquíticos. “Estas son las

zonas verdes de los Planes Parciales”, comenté... La construcción pobre y mal acabada presentaba, al cabo de pocos años, un aspecto triste y degradado, mostrando al exterior todas sus lacras. La separación entre bloques era insuficiente para asegurar un buen soleamiento, y el paisaje no existía, sin haberse creado a cambio algo tan importante como es el espacio urbano.

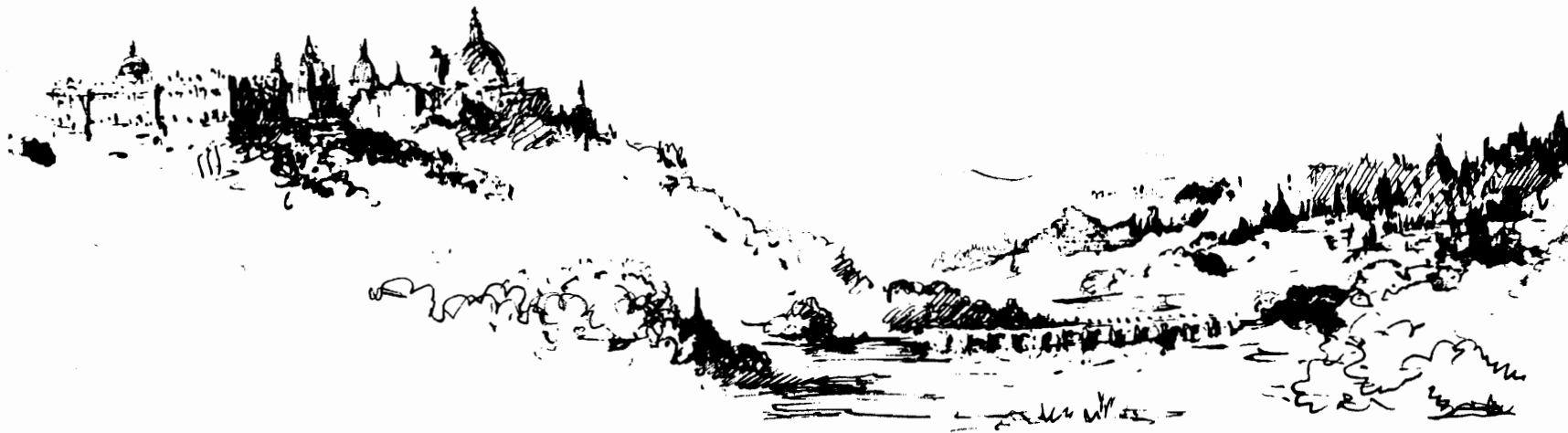
“Está muy claro que éste es un buen ejemplo de lo que no debe hacerse”, fue su rotundo comentario. Y preguntó: “¿Cuál es el origen de este tipo de diseño urbano? ¿En qué ideas se fundamenta?” “En realidad — le dije — es la degradación de una idea que tiene origen en el período racionalista; en una utopía social y urbana, que aspira a muchas cosas a un tiempo: igualdad sin privilegios, viviendas todas igualmente bien soleadas, higiene, unir el disfrute de las ventajas de la ciudad y el campo, rechazo del hacinamiento resultado de la especulación del suelo, racionalidad constructiva, industrialización, abriendo el camino a la prefabricación en serie de la vivienda, etc. Tuvo su origen en Europa Central después de la Primera Gran Guerra.” “Es triste ver en lo que quedan muchas utopías cuando se llevan a la realidad, porque ciertamente es una utopía atrayente”, y continuó: “También en gran medida Hipódamos fue un utópico cuyo empeño era racionalizar la ciudad sobre una base lógica, y aunque no fue el inventor del trazado en retícula, que ya había existido muchos años antes en las ciudades de Mesopotamia y del Asia Menor, le dio una base teórica y planteó la idea de zonificación y agrupación de funciones; cosa que por otra parte, y en medida conveniente, tendía a producirse de una manera espontánea.” “En ésta de la que te hablo — dije — el radical deseo de racionalidad y de reforma social, llevó a planteamientos ideales y extremos: hileras repetidas de bloques iguales, paralelos y disciplinados, agrupados formando batallones y éstos a su vez regimientos y divisiones en orden de batalla. Era un concepto de ciudad más próximo al espíritu de Esparta que al de Atenas, que tenía la grandeza de las grandes tiranías; sin embargo, debemos reconocer que en los casos en que estas teorías se llevaron a la práctica, la escala más reducida de las actuaciones, los condicionamientos de la infraestructura y el entorno, y la propia sensibilidad de los arquitectos, crearon barrios tan bellos como algunos *siedlung* alemanes, que aún hoy son ejemplo, y que en sus tiempos ejercieron una deslumbradora influencia en los arquitectos cultos. Sin embargo, éstos que estamos viendo son tristes caricaturas.” Y fuimos derivando hacia una conversación muy larga en la que hablamos de la importancia del espacio urbano y de sus diversos usos y funciones, y de su valor como lugar de encuentro y relación, esencia misma de la ciudad. Le hable del CIAM y de la Carta de Atenas, y de las teorías y propuestas de Le Corbusier y otros, y de la posterior evolución del urbanismo. Le hablé también de Víctor Gruen y de su libro *El corazón de nuestras ciudades*, que en cierta medida era el contrapunto de *El corazón de la ciudad*, del CIAM. Finalmente le hablé del momento actual, en que volvía a valorarse la historia y se practicaba la política de rehabilitación.



Señorío, San Francisco el Grande  
y las Ventillas

“Sin embargo, este tipo de construcción con bloques abiertos que acabamos de ver, cuando se hace con gracia, densidades no excesivas y se cuida la jardinería, puede lograr resultados muy agradables, tal como ocurre en algunos barrios de la zona oeste de Madrid, que me gustaría enseñarte. Curiosamente fueron realizados por promotores privados y con fines, exclusivamente comerciales. Sin embargo, la arbitrariedad y el deseo de aparentar una libre espontaneidad puede ser muy peligroso y dar lugar a comentarios como el de una revista inglesa, que al pie de la foto aérea se preguntaba si aquello era una moderna ordenación urbana o un desastre ferroviario.”

“Perdona que insista más en el valor del espacio urbano — me dijo —. El espacio urbano como tal, en sus distintas formas, es resultado de una evolución civilizadora. Los bárbaros construían agrupaciones de cabañas aisladas, que poco se diferenciaban de los campamentos de los nómadas; eran el germen de lo que con el paso del tiempo serían las ciudades. La aparición de la plaza y la calle, y el espacio urbano articulado con su contrapunto de la manzana, o viceversa, marca el paso decisivo hacia la verdadera ciudad. Desde entonces la ciudad se entiende como una secuencia de espacios públicos rodeados de arquitectura. Por ello, la desarticulación del espacio urbano, tanto en su aspecto estético y formal como en su función de elemento de encuentro, tránsito y relación, supone un retroceso de milenios.”



Parque urbano del valle del Manzanares.  
Paisaje naturalista realizado en aque-  
l tiempo.

Por la tarde habíamos convenido una visita al valle del Manzanares, para comprobar sobre el terreno mis alegaciones en *La ciudad y su paisaje* y cuanto se argumentaba como base de la utopía de Madrid.

Primero recorrimos el Viaducto y las Vistillas. Enfilando el valle, aguas arriba, abundan aún las arboledas que se pierden en la lejanía hasta el azul Guadarrama, pero a medida que se desciende, el río queda prisionero entre grandes masas de edificación que cubren el valle y las laderas. Del otro lado de la calle de Segovia eran visibles los ábsides de la Almudena y, más al fondo, la hermosa fachada del Palacio Real, al que repitió los elogios. Llamé su atención sobre las Sacramentales, con sus altos cipreses y panteones, agobiados por un apretado caserío. Fuimos a la Plaza de la Armería y desde sus arquerías nos asomamos al Campo del Moro; más allá, las frondosas arboledas de la Casa de Campo alegraban la vista.

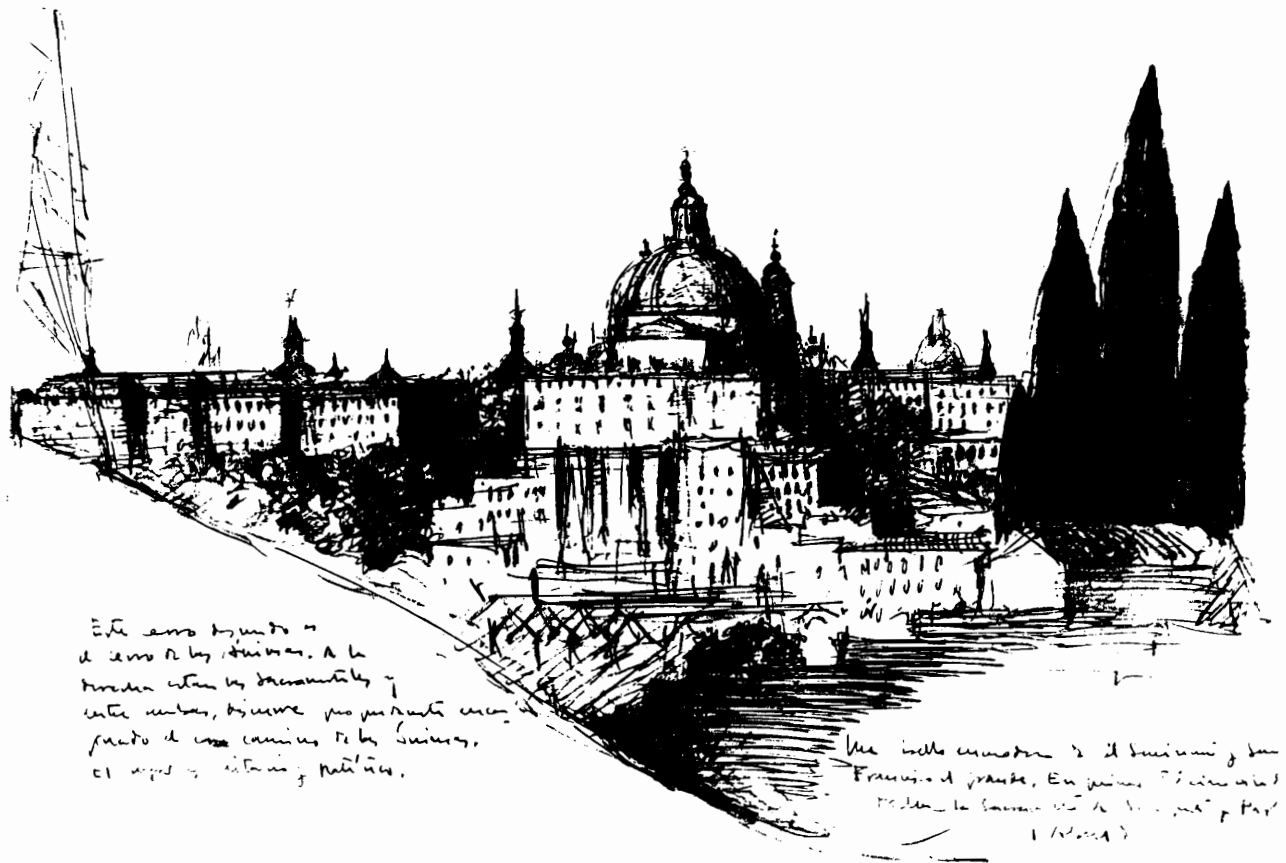
“Ahora iremos — le dije — al otro lado y desde allí veremos lo que pudo haber sido una bellísima composición.”

Acudimos primero a la explanada de la ermita de San Isidro y nos situamos en el punto desde el que Goya pintó su famosa vista de la Pradera, en la que a lo lejos, azules y grises, se veía el Madrid de la Ilustración, que ya en nada se parecía al viejo Madrid de los Austrias. El arbolado oscuro de la Virgen del Puerto apenas era visible.



Madrid visto desde San Isidro, aproximadamente desde  
 desde el punto Goya. Aparecen con piezas nuevas en la composición:  
 con la Catedral meridional y el Seminario,  
 El Panteón de los Melancólicos, que según se veía — luego pronto  
 absoluta desvanecida por la ciudad — los Sacramentales — tras de  
 Panteón de San Isidro.  
 El valle, los edificios altos o edificios sencillos sencillos. El mi  
 Monumentos históricos — por su causa natural.

“Siento que no tengamos tiempo para visitar esta Sacramental de San Isidro, para que conocieras, aunque descuidado, un bellissimo cementerio romántico madrileño. Por él pasó la guerra y dejó sus cicatrices, pero verías sus patios, sus largas hileras de cipreses centenarios, la variedad de esculturas y panteones, y lo que a mí siempre me ha emocionado: las lápidas antiguas que cierran los nichos, de elegante caligrafía y dedicatorias cursis y entrañables, traspasadas de amor y dolor. Allí se refleja una sensibilidad muy distinta a la nuestra, más fina, más delicada, más espiritual. Un Madrid mucho más pobre que el de hoy era capaz de enterrar a sus muertos con dignidad y amor. Los cementerios de hoy son un ejemplo de vulgaridad y mal gusto. Los muertos estorban y hay que quitarlos de en medio como sea, y se hace con la misma sensibilidad que cualquier otro servicio municipal — el de recogidas de basuras, pongamos por caso —.

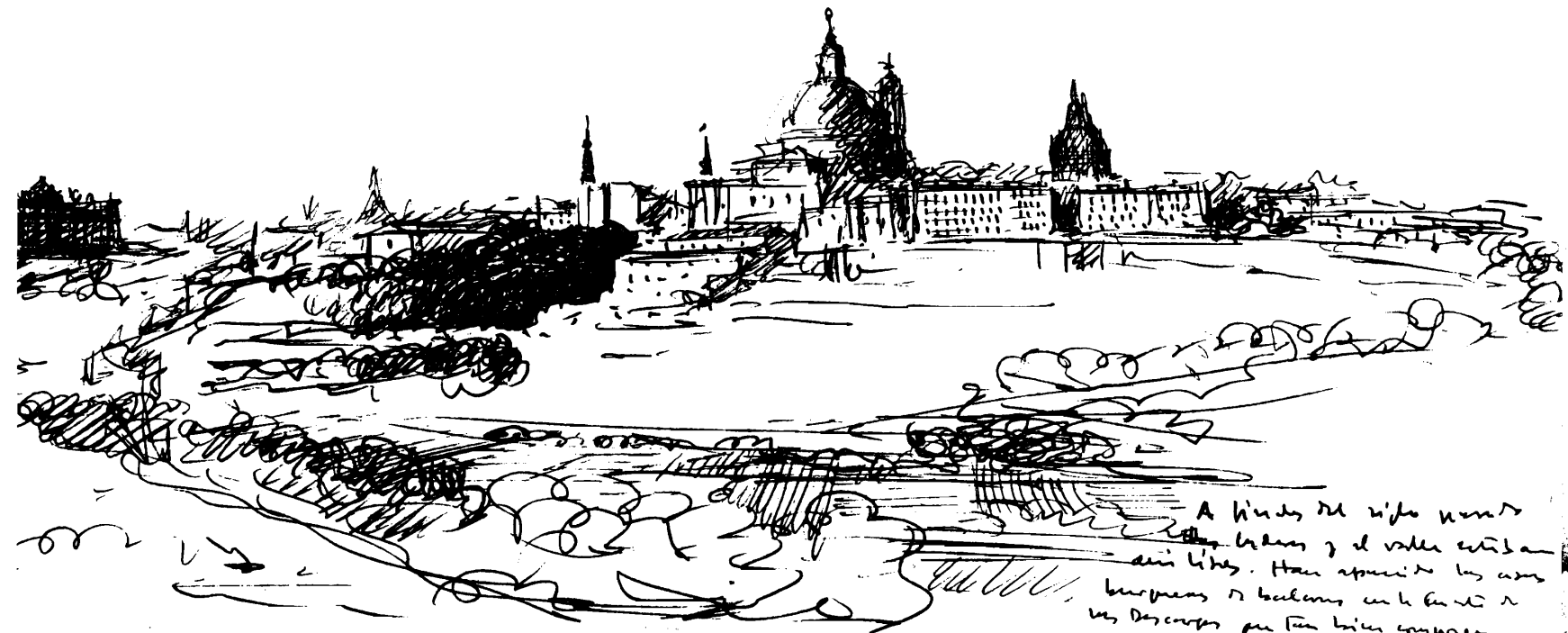


por caso —. No quiero cansarte, pero ha habido inventos tan macabros y siniestro como las llamadas “catedrales del silencio”. Pero más vale cambiar de tema.”

“No te repetiré lo que digo en *La ciudad y su paisaje*, que has leído — le dije —, pero estás viendo la gran ocasión perdida.”

Fuimos a la Sacramental de San Justo y desde el pretil más alto nos asomamos brevemente para contemplar el desastre, y desde allí pasamos al inmediato Cerro de las Ánimas, libre de edificación y desde el que se domina un panorama amplio y confuso.

El Cerro de las Ánimas es un paraje onírico y extraño, que tiene algo de irreal; uno de esos terribles paisajes urbanos en los que se combinan las impresiones más contrarias:



A finales del siglo XVIII  
 el valle estaba  
 así libre. Han aparecido los  
 burgenos o bohemios en la finca de  
 los Descorps que son los  
 Hacia la atmósfera el espacio urbano de  
 la finca de Duques de Oñate y de embudo  
 la atmósfera de Madrid.  
 En el momento para hacer a continuación.

May 83

A nuestros pies, sobre las tapias del cementerio teñidas de rojo por el sol poniente, se elevaban hileras de negros cipreses. Oscuros tejados y sombras violetas, y, a través de una entreabierta cancela de hierro, se veía la paz de un patio en sombra, en el que penetraba un último rayo de sol. Unos niños volaban una cometa y sobre el cielo cristalino del crepúsculo se recortaba nítida una torre metálica de alta tensión. La silueta de un hombre alto y encorvado pasó varias veces como si fuera buscando algo y a su alrededor iba y venía un perro. Sonó una esquila, acercándose, y del otro lado de la ladera apareció sobre el horizonte, un pequeño hato de cabras seguidas de un pastor. Son esas increíbles cabras madrileñas que pastan papeles en vertederos y solares, entre chatarra y montones de plástico.

“Desde estos lugares he dibujado muchos apuntes y he soñado en un Madrid que pudo haber sido...”  
 Sí — asintió — , la ciudad actual parece como un torrente de lava que todo lo inunda y lo arrasa”,



y añadió: “¡Qué poco arte hay en la ciudad de hoy!” “Es cierto — le dije — la ciudad es un caballo difícil de dominar y el urbanismo “científico” moderno olvidó que la ciudad es una noble creación de arte. La ciudad ha de ser así entendida: como creación de arte.” “Sin embargo — dijo, y esto era algo que no se cansaba de repetir en toda ocasión — la vista nocturna de la ciudad me ha sorprendido por su belleza. Es la hora de vuestras ciudades: luminosas, brillantes, ricas de color y movimiento. En la antigüedad también se hicieron bellas iluminaciones, pero el espectáculo de la ciudad entera con su potencia y dinamismo inundada de luz multicolor es un espectáculo nuevo para mí, imposible de imaginar. Me figuro — continuó — que en las escuelas de arquitectura se dará mucha importancia a la arquitectura de la luz, que hoy es una parte muy esencial de la arquitectura.” “Pues aunque te parezca mentira — le contesté — esto no se estudia.”

No podía faltar la visita al Escorial. Mañana soleada, campos cobrizos, montañas azules...

Cuando llegamos a la lonja, extendí un pequeño plano y sobre él expliqué la estructura compositiva del edificio.

Me escuchaba en silencio, pero pronto comprendí que conocía bien la obra. “Es una arquitectura muy culta y simbólica, en la que impera un riguroso orden conceptual y geométrico”, dijo, y continuó: “Si como

decíamos, detrás de toda gran obra de arquitectura hay siempre un gran cliente, éste es un ejemplo extremo. Aquí el espíritu del rey está presente y su sombra parece flotar en el aire. Es el reflejo de una concepción total del estado y del orbe, con un sentido trascendente y metafísico.”

“Ten cuidado. Ya te dije que empleas conceptos que hoy no se llevan y podrían traerte dificultades con los intelectuales.”

“No me preocupa en absoluto, aunque no ignoro que en todo tiempo han existido prejuicios que hacen difícil el entendimiento.”

“Los físicos ven con desprecio y desdén la “Metafísica”, puesto que ésta parece introducir elementos que se apartan de sus métodos científicos de trabajo. También los marxistas tratan de ridiculizar la Metafísica y la hacen aparecer como la pariente pobre de la Filosofía.”

“Ya sabes — me dijo — que según Descartes la Metafísica son las raíces de la Filosofía, la Física el tronco y las ramas las distintas Ciencias, y según creo no existe ninguna incompatibilidad entre la Física y la Metafísica; por el contrario, sólo una armoniosa asociación entre ambas puede llevar a la cúspide del conocimiento científico y proponer una imagen unitaria y coherente del Universo.”

“Es cierto, y ya los físicos en su investigación están llegando a una barrera infranqueable, a la que algunos han llamado censura cósmica, más allá de la cual está el misterio.”

Recorrimos la lonja y llegamos hasta el punto en que se hace visible la fachada sur, la más bella, austera y delicada: el gran estanque de fuerte geometría, el elegante pabellón de los convalecientes y la larga y desnuda fachada sobre el jardín de los frailes.

Visitamos el interior y llegamos a las habitaciones del rey. Era inevitable hablar de Felipe II, y ante su curiosa extrañeza, le dije: “Hoy tiene en España mala imagen. Cuando en otras partes, como en Inglaterra, se está descubriendo una historia contada de otra manera, en España encontramos más fácil rehacerla sobre prejuicios ideológicos.”

“Mi intemporal y larga visión del mundo y de la historia — dijo — me enseña que nada hay más antihistórico e injusto que juzgar la conducta humana fuera de su tiempo y circunstancia”, y añadió: “La dificultad de todo verdadero historiador es sobreponerse a la ideología de su tiempo. Bien sé que es imposible hablar de una verdad histórica absolutamente objetiva y que una característica del conocimiento histórico es su acentuada historicidad.”

“Por otra parte, hay que considerar que la historia la escribe siempre los vencedores.”

“Es obvio — le dije — que Felipe II no fue tan demócrata como Juan Carlos I, pero eran otros tiempos. En cambio, no fue más intolerante que Isabel de Inglaterra o Calvino, por citar dos de sus modelos antagonicos.” Me escuchaba con atención y comprendí su interés por conocer el juicio de un súbdito que,

cuatro siglos después, parecía serle fiel, o cuando menos objetivo. Me preguntó: “¿Cuál es el juicio que haces de él como rey?”

“No es fácil juzgarle. Es jugar con ventaja, pero a la vista de los resultados creo que se equivocó. Hay que partir del hecho de que la herencia de Carlos V fue una mala herencia para España. Felipe II fue un hombre culto e íntegro, rígido, esencialmente leal, fiel a sus principios y a la educación recibida, y entregado hasta el sacrificio a su misión sagrada de rey. Su mayor error fue anteponer la defensa del catolicismo a los intereses de España. Triste es decirlo, pero un rey ha de ser pragmático, con un punto de cínico, de giro fácil como veleta bien engrasada, y ha de saber decir llegada la ocasión: “París bien vale una misa.” La lealtad no es virtud para un rey.”

“Triste es reconocerlo”, asintió.

Desde El Escorial, pasando a lo largo del Guadarrama, que cruzamos entre pinares por el Puerto de Navacerrada, nos dirigimos a Segovia.

Respirábamos el aroma de los pinos y descendimos hacia la otra Castilla, que se extendía a nuestros pies. La conversación derivó hacia el misterio de la creación artística, que a mí siempre me ha interesado tanto; quería conocer su pensamiento y para provocarle le dije que Nietzsche, un filósofo moderno, sin duda para él desconocido, decía que en la inspiración siempre hay algo de revelación y que sería difícil rechazar la idea de sentirse encarnación, elemento sonoro, medium de fuerzas poderosísimas...

Me contestó: “Para Platón no son los poetas los que escriben los gloriosos poemas; son los dioses que se sirven de ellos para decir cosas bellas.

Demócrito dio una versión de la inspiración, aunque pretendidamente materialista, igualmente poética: los dioses la emiten en forma de átomos que capta el alma sensible por medio de la respiración. En cualquier caso, la inspiración procede de los dioses.”

“Curiosamente — le dije —, y a pesar de su apariencia ingenua, la explicación de Demócrito coincide con la idea de algunos físicos modernos: el hombre, por estar físicamente vinculado al cosmos y constituido por partículas coextensivas a todo el universo, recibe influencias del cosmos que actúan misteriosamente sobre regiones más o menos conscientes del pensamiento. Existe, pues, una especie de “imperativos cósmicos”, y es el Arte la vía por la que mejor se expresa esa influencia y comunicación. Ésta sería una interpretación física de lo que llamamos inspiración.”

“Es cierto, cada uno de nosotros es una especie de punto de convergencia del Universo y, por tanto, contiene de una manera potencial todos los universos que conciernen al Universo entero.

Por otra parte, no hay duda de que la obra de arte se expresa preferentemente en un lenguaje intuitivo y es una proyección del artista hacia lo que hay de menos racional y más profundo en los demás.”



Llegamos a Segovia ya tarde, pero aún cominos al pie del Acueducto y bebimos vino de jarra. Ni él ni yo quisimos probar el cochinito.

“Pienso — le dije — que llegará el día en que se produzcan carnes artificiales, con distintos sabores, y sea innecesario comerse a los animales. ¿No crees —le pregunté — que algún día, y pienso que no muy lejano, será posible hacer que las células animales se reproduzcan en cultivos especiales, suministrándoles las hormonas y elementos nutrientes necesarios?” Me escuchaba con curiosidad filosófica. “Pienso que futuras generaciones — continué — nos mirarán con desprecio como a bárbaros salvajes, que mataban animales y comían sus cadáveres.”

No pudimos, sin embargo, hacer un almuerzo tan incruento como hubiera correspondido a tan nobles ideas, y pedimos trucha y un plato de setas.

Ya atardecido recorrimos la ciudad, y tuvimos ocasión de asomarnos al interior de la catedral en penumbra, mal iluminada por algunas lámparas, lo que acentuaba la inmensidad y misterio. Llegamos al Alcázar y nos asomamos a las hoces por las que discurren el Eresma y el Clamores. ¡Difícil encontrar nombres más bellos!

Quería aún poder disfrutar de la vista de la ciudad en su conjunto, de su extraordinario perfil sobre el horizonte, y fuimos al parador. Allí, desde un ventanal, vimos anoecer. Largo perfil recortado sobre un

valle de espesas arboledas, ya casi desnudas. Torres, chapiteles, torrecillas y la esculpida catedral con su torre esbelta: la torre con mayor donaire de todas las torres góticas.

Una bruma suave velaba la ciudad y el paisaje. Desde la arboleda subían columnas de humo espeso de un blanco azulado, que se disolvían lentamente en la bruma. El perfil de la ciudad se oscurecía y se iba fundiendo con las montañas lejanas.

“Sabrás — le dije — que la catedral gótica es contemporánea de El Escorial, y que entonces, en la polémica entre partidarios de una y otra arquitectura, el gótico era el arte nuevo, mientras que lo antiguo era la arquitectura de El Escorial, basada en los órdenes clásicos.”

“Es prueba del relativismo del tiempo y de la historia”, me dijo.

Cuando salimos nos dio en el rostro una bocanada de aire húmedo, olía a humo de leña, y regresando a Madrid comenzó a caer una lluvia fina.

La mañana siguiente la dedicamos a visitar el Museo de Arte Contemporáneo y varias exposiciones. Hizo pocos comentarios y comprendí que hacía un gran esfuerzo por encajar lo que veía dentro de su amplísimo orden de valores. Admiró la belleza de algún cuadro abstracto y apreció el equilibrio casi matemático de cierta composición constructivista. Finalmente le oí decir como hablando consigo mismo: “Pienso que si un buen cuadro de alguno de los grandes pintores del pasado se dividiera de tal manera que cada una de sus partes no contuviera nada que fuera identificable, cada una de ellas tendría el valor de un cuadro abstracto; pero también creo que el valor de todas ellas reunidas es mayor que el de las partes.”

Visitamos una exposición en la que abundaban las esculturas de hierro puntiagudas y de aristas hirientes, y comentó: “Lo más importante de esta exposición es poder visitarla sin sacarte un ojo.”

Y agregó: “Me sorprende que existiendo máquinas y estructuras tan útiles y a veces tan bellas, se hagan cosas así”, y, disculpándose, añadió amablemente: “Perdona, pero esto no me gusta.”

A partir de aquí el tiempo y las circunstancias comienzan a hacerse más confusos. Supongo que fue aquella misma tarde cuando le llevé al estudio: cuatro paredes blancas al pie de unos altos cipreses.”Aquí — le dije — en un ambiente sosegado transcurren la mayor parte de mis horas.” El recuerdo se iba haciendo etéreo y no puedo recordar si estuvimos solos.

Sí recuerdo que al entrar, antes de pasar adelante, se detuvo ante las estanterías de libros. “Antiguamente — dijo — los libros tenían un alto precio y quien podía llegar a reunir varias docenas se consideraba afortunado. Veo que hoy el libro es asequible. ¿Cuántos tienes?”

“No sé, pero creo que más de tres mil, de los que la mitad son de arquitectura y arte. Como verás, ya tengo un problema de espacio.”



“Sois afortunados; no hay mayor tesoro que un buen libro. Un buen libro nos pone en comunicación con el pensamiento de hombres inteligentes y sensibles que volcaron su alma en él. Nos comunican con otros tiempos y otras formas de ver la realidad. Son un tesoro que no tiene precio.”

“Así lo creo — respondí — , y recuerdo siempre aquellos versos tan emocionantes de Quevedo, retirado ya para morir y sólo acompañado por sus libros, en su Torre de Juan Abad, cuando dice algo así como:

*Vivo en conversación con los difuntos,  
las grandes almas que la muerte ausenta.”*

Ya sobre los tableros de dibujo, creo que comencé hablándole de una de mis preocupaciones más vivas: las ciudades históricas; una vez más me interesaba volver sobre ese tema y desplegué mis planos en color.



Cuenca  
hoces topográficas.

“Como ves — le dije — son interpretaciones del paisaje. Cada ciudad tiene su color, aunque en Castilla el color cambia mucho con el paso de las estaciones. El de Toledo, aunque austero y de apariencia apagado, tiene muchos matices. Ocre, dorado, plomizo, gris acerado, y todos estos colores se funden en una gama cárdena o terrosa según la luz. Tú lo has visto un bello día de otoño, en que unas lluvias tempranas habían apagado el polvo y hecho despuntar una hierba tierna y efímera, que cubría los cerros de un suave verde veronés. Normalmente es más árido.

Cuenca es una ciudad fría al pie de grandes cerros y encajonada entre dos hoces, en la que dominan los grises; grises y cenizas, desde la plata al plomo; sombríos violetas y el verde de los chopos en lo hondo de las hoces, que en otoño se hace oro. Así he querido reflejarla en el plano.



Tomada desde el antiguo convento, la ciudad nueva  
 visible apenas este dibujo. En esta vista se aprecia la  
 vaguedad por la que ahora se ha perdido una línea  
 penetrante en la ciudad. La vista es tan importante y  
 bella que tuve que hacerla y ponerla.  
 Salamanca, Marzo 77.

Salamanca es dorada. El Tormes es ancho y caudaloso, y discurre a sus pies solemnemente. La he dibujado tratando de fundir el desordenado ensanche que la rodea con los campos de labor de dorados rastros; también he puesto empeño en destacar el verdor de las márgenes y la importancia paisajística de la vega del Tormes.

Como has visto, hice también un dibujo imaginario evocando su glorioso pasado renacentista y barroco, mientras soñaba con una Salamanca universitaria y viva, en la que se cultivara la inmortal continuidad de la sabiduría y el espíritu.

En Santiago, el paisaje es piedra antigua rodeada de prados y arboledas. Verdes jugosos y policromía de las huertas: azules, vibrantes amarillos, plata, malva..., en la variedad cambiante de los cultivos.

He luchado mucho, en la medida de mi modestia, por defender el paisaje de Santiago, pero veo con dolor que inútilmente. La ciudad lo devora y las huertas, prados y jardines, cada vez más mermados, sucumben a la insensibilidad y la codicia.

Te muestro todo esto porque ya ves que es una de mis grandes aficiones, afición bien amarga. Pero pasemos a otros temas", y comencé a mostrarle alguno de los proyectos que pudieran tener más interés.



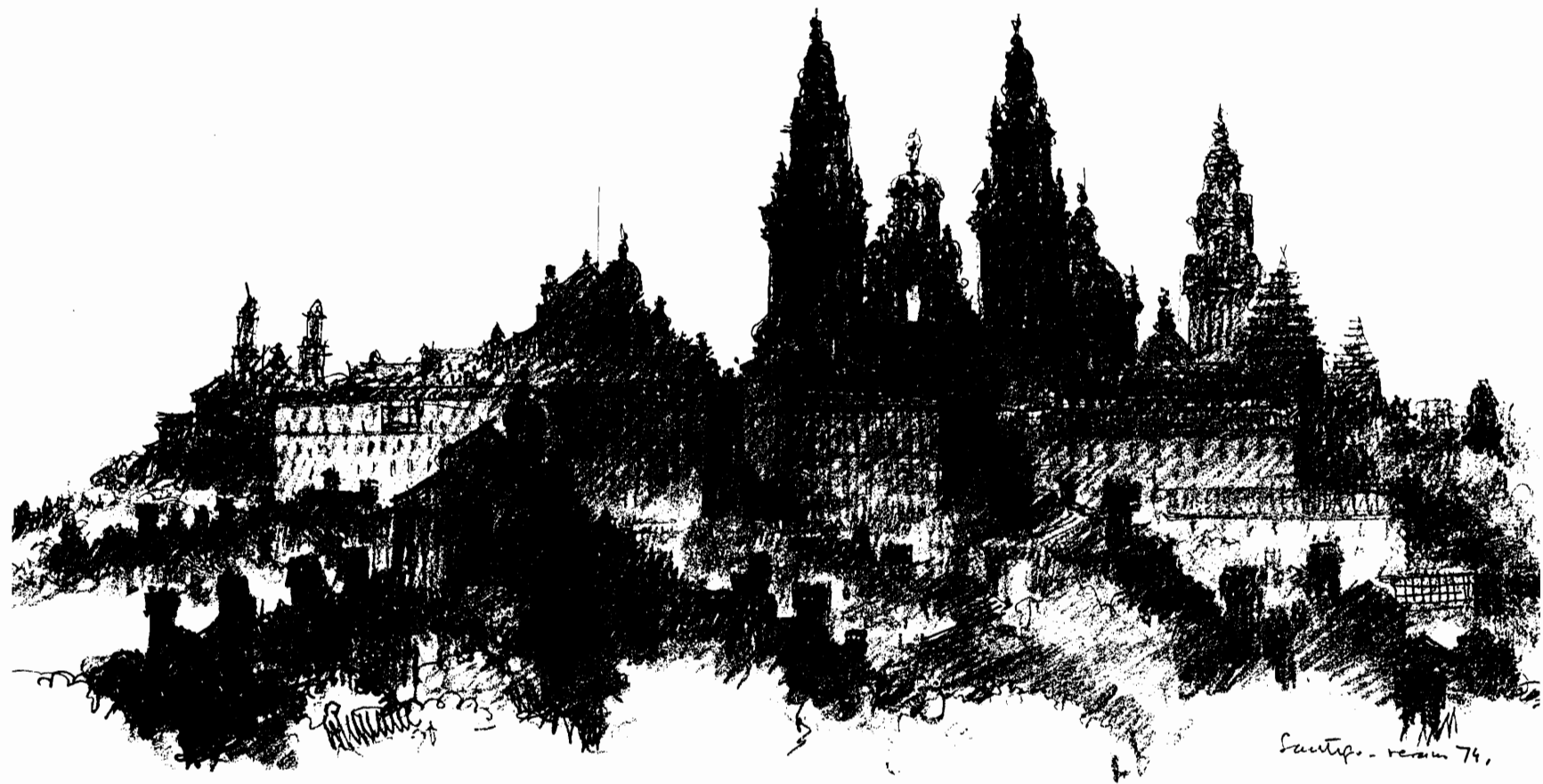
Croquis de 1964. Tratando de explicar la necesidad de mantener libre de edificación el valle del Serela.

Íbamos comentando lo que le mostraba y hacía observaciones y juicios que para mí tenían inmenso interés, porque creía oír en ellos la sabiduría del pasado.

Algunas plantas las estudió detenidamente, en particular las de viviendas en casas de pisos llamaron su atención y le parecieron hábiles y elaboradas; reflejo de una vida muy distinta a la que él había conocido, pero que ponían de manifiesto una indudable destreza y economía en la utilización del espacio construido y en la organización de las distintas relaciones. También elogió la acertada situación de patios y escaleras, facilitando las circulaciones interiores y buena iluminación y ventilación de las habitaciones. “En esto — dijo — el progreso es enorme; el pragmatismo y eficacia de estas plantas de viviendas no es comparable a nada del pasado.”

Sin embargo, en las viviendas unifamiliares, aunque apreció también la habilidad distributiva, la comodidad y en algún caso la agradable composición de las fachadas, me recordó los valores de la casa griega y romana: pórticos, patios, albercas, el ritmo de secuencias y espacios de algunas de ellas. “Eso se ha perdido, aunque reconozco que habéis ganado en eso que llamáis comodidad y “comfort”.”

Más ambiguo fue su juicio respecto de los edificios públicos. La Universidad Laboral de Almería le agradó por el orden y flexibilidad de su trazado; por el propósito de injertar lo culto en lo popular y buscar las raíces, y sin duda también por los recuerdos que asociaba a su vieja cultura oriental y mediterránea. Buitrago le interesó por su austeridad, enraizamiento en la tierra, y por las fuertes masas de ladrillo, donde, como le advertí, había una resonancia de los castillos medievales...



*Gran composición: En Santiago, la Catedral culmina un grupo de grandes edificios. Contrapunto vertical a un ritmo de líneas horizontales, macizas y potentes, la edificación menor, polivoluma y pintoresca, mezclada con la vegetación pipota de los tallos y arboledas, forma el basamento de esta gran composición.*

Le mostré también edificios de distintos autores modernos, y volvió a elogiar la belleza de algunos rascacielos, principalmente en vistas nocturnas, en los que parecían ascuas de luz. También coincidía conmigo en el elogio de algunas limpias estructuras industriales.

Finalmente me dijo que, así como en las viviendas y en general en edificios esencialmente utilitarios el progreso en cuanto a organización y eficacia de las plantas era evidente, en la arquitectura institucional y pública se había perdido la "dignidad" del espacio.

Tenía mucho interés en conocer su opinión sobre el Palacio de Música y Congresos de Santiago de

Compostela, cuya construcción al fin había comenzado.” Aquellos grandes muros de piedra...” había sido mi lema de concurso. Era la ilusión tanto tiempo acariciada de construir un gran edificio de piedra, reviviendo la emoción con que en mi juventud había recorrido las calles santiaguesas a la sombra de aquellos muros: San Pelayo, San Martín Pinario... Ya desde entonces se grabó en mí la admiración por tan fuerte arquitectura, en la que los potentes muros de sillería, unas veces dorados por el sol, otras oscuros y sombríos bajo la fina lluvia, contrastaban con el toque delicado y humano de las galerías acristaladas, finas como un encaje.

Espero, al fin, ver lograda esa ilusión. El alzado que da al campo, de formas más quebradas, juega precisamente con el contraste que se produce entre los grandes muros ciegos y las brillantes galerías; el opuesto, que da a la Plaza, tiene intención más urbana. Un largo pórtico o soportal crea una composición rítmica que confiere a la arquitectura una dignidad apropiada a su significación y uso. Me gusta este alzado por parecerme que acierta a expresar en lenguaje moderno la nobleza intemporal de la gran arquitectura gallega, al tiempo que hay en él una cierta resonancia clásica.

Le dije: “Sabía que una arquitectura hecha de piedra sería tachada de anacrónica, y me esforcé en encontrar argumentos para rebatir esa segura crítica. Recuerdo que en una ocasión, en la que expuse el proyecto en una conferencia en el Colegio de Arquitectos, argumenté diciendo que esos grandes sillares de piedra que se iban a colocar en obra, a pesar de su aspecto natural y antiguo, llevaban finalmente incorporada tanta tecnología a lo largo de su proceso de elaboración y puesta en obra como pueda haber en cualquier otro material de apariencia más moderna: se extrae de la cantera por procedimientos mecánicos y se sierran los bloques con potentes sierras, se transporta en camiones dotados de pequeñas grúas para carga y descarga, se labra con herramientas neumáticas y se mueve y coloca en obra mediante modernas grúas...”

Cuando terminó la exposición le pregunté a Alejandro de la Sota, vehemente partidario de la imagen tecnológica, y cuya fina ironía aprecio mucho: “¿Te ha convencido mi razonamiento?”, me contestó: “A veces hay que defenderse a pedradas”, sin duda aludiendo a la piedra.

Bromas aparte, sigo convencido de que mi argumento tiene, al menos, alguna base de razón; aunque si te he de ser sincero, para mí el problema de la “modernidad” ha perdido todo sentido.

Ciertamente hubo un tiempo, cuando era joven, que me preocupaba, y me esforzaba en hacer una arquitectura que consideraba moderna; hoy esto me preocupa mucho menos y pienso que esa referencia temporal tiene poca importancia; hoy me interesa más la obra bien hecha y mi idea de la modernidad ha cambiado.”

“Vamos a casa”, le dije.

Al salir el ambiente era templado con suaves aromas del otoño. Hasta nosotros llegó un olor a hojas quemadas y más allá de la cancela, sobre las copas de los árboles, vimos levantarse una blanca columna de humo que se disolvía lentamente en el cielo. Se oía el silbar de los mirlos.

Cruzamos el patio pavimentado de ladrillo y cubierto en las zonas umbrías por una delicada capa de musgo, verde como terciopelo; en las fisuras crecían pequeñas matas de violetas.

“Estas violetas — le dije — nacen espontáneas. No sé de dónde vinieron, seguramente fueron traídas sus semillas por el viento y hoy se extienden por todo el jardín. Son las primeras en florecer.”

Las glicinias y la higuera conservaban parte de sus hojas, porque aún no había helado.

“Mies Van der Rohe, un moderno arquitecto del que te he mostrado alguna de sus obras, decía que Dios está en los detalles. Yo así lo creo, pero no sólo en los detalles que proceden de un perfecto y cuidado diseño como el suyo; hay también en arquitectura otros detalles, en los que actúa la Naturaleza, que tienen para mí un enorme valor. Son detalles humildes como el musgo y las violetas. Para mí es muy importante la acción de la Naturaleza sobre los materiales de construcción y el comportamiento de los materiales al paso del tiempo: su envejecimiento.

Los materiales naturales: piedra, mármol, madera, barro, cobre... al envejecer ennoblecen en armonía con la Naturaleza de la que salieron y cuando las construcciones se arruinan lo hacen con dignidad y belleza. Los materiales artificiales, con el paso del tiempo, aun los de mayor calidad, se degradan y convierten en chatarra. Creo que esto también debe ser cuidado de quien hace arquitectura: contar con la Naturaleza y la acción del tiempo.”

Hicimos un recorrido por el jardín, ya cubierto por las hojas caídas de los árboles. “Como verás es un jardín muy natural y un tanto descuidado, en el que hace casi diez años no entra un jardinero. Es un pequeño y modesto milagro de la tecnología, que por unas tuberías invisibles nos trae el agua de las montañas y permite crear un paisaje y microclima artificiales; como ves, un pequeño paraíso. Me gusta vivir en compañía y amistad con los animales y las plantas, aunque cada cual con absoluta libertad; yo concibo el jardín como una naturaleza ayudada y libre. Las plantas que nacen espontáneamente, como las violetas, aquí se quedan y entablan una lucha por la supervivencia. Todo se reduce a regar en verano y segar de vez en cuando la hierba.”

Tenía la sensación de irnos acercando al final. Bernarda, la simpática y fiel perra san bernardo salió a nuestro encuentro, y a pesar de que siempre que un extraño viene a casa se alborota y pone fiera, no dio la menor muestra de excitación y se unió a nosotros. Creo que el visitante era invisible para ella.

“¡Qué hermoso perro!”

“Sí, pero ya ves cómo a fuerza de pasar por el mismo sitio ha hecho una senda en el jardín.”

Unos mirlos de pico amarillo y brillante plumaje negro que corrían por la pradera se alejaron de nosotros ocultándose entre los arbustos.

“Los pájaros viven aquí tranquilos. Es una maravilla ver cómo al tiempo que se transforma el paisaje y se crea un microclima nuevo, aparecen también nuevos habitantes del jardín, principalmente aves. En primavera se puebla de ruiseñores, cuyo elogio siempre se queda corto; cantan incesantemente, día y noche, desde final de marzo a mediados de junio y no hay instrumento musical que los iguale. Otras veces son aves de paso; durante varios años, por este tiempo, llegaba una en su emigración hacia el sur que hacía escala en el jardín dos o tres días; era muy bella, del tamaño de las palomas, color cárdeno y una graciosa cresta o moño de plumas. Este es ya el segundo año que no viene.

Como ves, la casa está envuelta por la vegetación, cada vez más crecida.”

Todavía era bella la combinación de colores; dorados, rojos, bronce, amarillo pálido, en contraste con el verde oscuro de los pinos y cipreses. La casa es blanca y sencilla. De entre la vegetación sólo destacaba la rotonda ochavada del invernadero, recientemente construido, que avanza sobre el jardín. Es una casa íntima, con muchos rincones, donde el tránsito del interior al exterior se produce con numerosos matices: porches, patios, emparrados... Es una arquitectura que se ha ido haciendo al ser vivida, ayudada por la naturaleza que la envuelve. En verano las plantas forman frescos entoldados naturales, que nos defienden del sol ardiente de Madrid.

También, como verás, la hiedra se ha extendido por todas partes y trepa hasta los árboles más altos, descolgándose en forma de verdaderas cortinas vegetales. Supongo que no es bueno para los árboles, pero ofrece un excelente refugio a las aves, que anidan en la espesura. Una vez más dejo que la naturaleza actúe libremente.

Pasamos directamente al invernadero, inundado de sol.

El jardín estaba envuelto en una luz dorada que se filtraba entre las ramas de los árboles ya casi sin hojas. No debía haber nadie en casa, cosa que no suele ser frecuente, y sentado el uno frente al otro, en las butacas de mimbre, continuamos la conversación que habíamos iniciado en el estudio y que bien podría llamarse, si no fuera demasiado altisonante y pretencioso, diálogo de la técnica y el espíritu. La quietud y sosiego de la tarde invitaban a ello.

“Como has visto — continué diciendo — la técnica ha cobrado extraordinaria importancia en nuestra vida y nos rodea de un mundo cada vez más artificial. Desde el comienzo de la gran revolución industrial y a medida que ésta avanza en sus distintas fases, la cultura se desarrolla en forma muy desequilibrada, sólo en algunas direcciones, mientras que en otras está en claro retroceso. Estamos a punto de romper el equilibrio con la Naturaleza de una forma brutal. De hecho ya está roto en muchos lugares y en multitud

de aspectos. Quiero, sin embargo, dejar claro el inmenso valor que concedo a la tecnología como inapreciable herramienta, a la que tanto debemos y de la que tanto podemos esperar. Para comenzar, sólo gracias a ella es posible que cinco mil millones de seres humanos vivan hoy sobre la Tierra, y donde hay hambre es porque la tecnología no existe. Aplicada a la medicina y especialmente a la cirugía, salva todos los años millones de vidas, alargando sus expectativas con mayor comodidad y confort. Hace posible la fácil comunicación entre los puntos más alejados de la Tierra, lo que favorece la difusión del saber y contribuye a disolver las barreras entre distintas razas y culturas. Permite obtener la energía que mueve al mundo, equivalente al esfuerzo de infinitos esclavos, liberándonos de penosas servidumbres físicas y favoreciendo una sociedad cada día más igualitaria y justa, y nos ofrece, como gran horizonte, la promesa, que cada día está más próxima, de lograr energía ilimitada y limpia. En fin, bien utilizada, permitiría hacer grandes milagros, y el gran milagro de convertir la tierra en un vergel de aguas limpias y aire transparente. Algo así como un retorno al Paraíso — dije, casi sin pensar en lo que decía, y agregué — : Ésta sería la meta final.”

“Es una hermosa y noble utopía. Quizás en ella esté el misterio del destino humano. Por otra parte, hay también en ella como una constante del espíritu que reaparece de tarde en tarde.”

“Ciertamente es una utopía — respondí — , pero una utopía hacia la que deberíamos caminar en la seguridad de que todos los pasos que diéramos en ese sentido serían pasos bien dados. En nuestras manos estará al menos la posibilidad de restaurar la Naturaleza mejorándola. Porque, como decía — continué — , no basta con poseer una tecnología cada día más perfecta; como toda herramienta, es en sí misma neutra y sus resultados dependen del espíritu de quienes la manejen y de los ideales a que se aplique, y lo que vemos a nuestro alrededor evidencia el torpe uso que con frecuencia se hace de ella.

Y en lo que a nosotros respecta como arquitectos, el problema está en saber el sentido que hemos de dar a su aplicación; si una ostentosa exhibición de sí misma, o dirigirla a resolver problemas que de otra manera no tendrían solución. Con frecuencia me hago esta pregunta, y hoy no quería desaprovechar la maravillosa posibilidad de hacerla a quien parece observarnos desde fuera del tiempo y abarcar la sabiduría de muy antiguas culturas; a alguien en quien creo ver un profundo humanista que contempla nuestro mundo desde una lejana y serena perspectiva.”

Me escuchaba en silencio con enorme atención, erguido e inmóvil. Continué: “Años atrás, en los tiempos en los que yo estaba de profesor en la Escuela de Arquitectura, se extendió, casi sería mejor decir — con lo que ello lleva de connotación de superficialidad — se puso de moda, la idea de que la figura del arquitecto estaba llamada a desaparecer barrida por las nuevas formas de producción industrial y los

grandes procesos de fabricación en serie, a los que la construcción tendría que adaptarse y someterse. Era elegante el escepticismo pesimista. Hoy creo que esto ha cambiado.”

Un rayo de sol comenzó a deslumbrarnos y hubo que bajar un estor, quedando envueltos en una luz blanca nacarada.

En el jardín correteaban por la pradera, cubierta por las hojas amarillas de los chopos, unas urracas que daban pequeños vuelos hasta las ramas próximas. Otra se posó en una rama alta, en difícil equilibrio, balanceando su larga cola, brillante de luz... De vez en vez se oía el peculiar grajeo estridente y burlón, parecido al chasquido de una carraca.

Durante la tarde otros muchos pájaros de muy diferentes tamaños y colores habían corrido y volado por el jardín y se habían posado en ramas muy próximas, supongo que mirándonos con curiosidad.

“Algunas veces — le dije — , recién construido el invernadero, había pájaros que acometían volando contra los cristales y caían muertos. Por eso pusimos este espantapájaros tan gracioso que hicieron mis hijas; aun así, todavía hay algunos accidentes que no sé cómo evitar.”

En ese momento, de repente, todas las urracas levantaron vuelo. Hubo un instante de suspense; sin duda alguien se acercaba... Un hermoso gato negro, que apareció sigilosamente, había producido la espantada.

“Es el aspecto más desagradable de la Naturaleza — dije — , la lucha por la vida. Hay muchos gatos y son grandes cazadores.”

Hice una pausa, para darle entrada. El tiempo discurría lentamente. Al fin dijo:

“Es cierto que el hombre ha de vivir en armonía con la Naturaleza. Respecto al escepticismo pesimista del que antes hablabas, éste es una constante de la naturaleza humana que aparece en todas las culturas y que puede tener su origen en un sentido excesivamente relativista de la verdad, del que se deriva un radical criticismo; por esa vía los sofistas llegaron a inculcar un profundo escepticismo en el espíritu griego, que no lograron vencer los denodados esfuerzos de los socráticos. Es un fermento corrosivo de acción desintegradora. En Grecia condujo a la disgregación del espíritu clásico, según mi parecer, como ya te dije.

Respecto al enorme valor de la técnica, nadie lo pone en duda, pero estoy de acuerdo contigo en que por encima de ella debe estar siempre el espíritu humano.”

Con anterioridad habíamos hablado de los problemas de superpoblación en el llamado Tercer Mundo y, por contraste, de la espectacular disminución de la natalidad en los países ricos, en los que existe la abundancia.

“La historia se repite — dijo — . Es algo que ya sucedió en la Grecia de finales del siglo III. Durante sus dos últimas décadas, el egoísmo, la avaricia y la corrupción se extendieron por una sociedad que se

iba vaciando, lo que se reflejó en una rápida caída de la natalidad y de los matrimonios, anunciando el final de la Grecia clásica. Más tarde algo parecido sucedió en Roma y en tantas otras culturas. Es posible que vosotros estéis llegando a una situación parecida.”

Estaba refrescando, el sol se retiraba y las sombras avanzaban por el jardín. Encendimos la salamandra, una bella salamandra antigua, pintada en color verde botella. Las llamas brillaban en su interior y comenzó a esparcirse un calor agradable.

Él continuó: “Me preguntas cuál debería ser el papel de los arquitectos. Para mí está muy claro, y creo que tú bien lo sabes. Como bien dices, vivís en un mundo cada vez más artificial, vuestras ciudades son inmensas y el contacto con el mundo natural se hace cada día más difícil.

En el pasado las ciudades eran pequeñas. Con un corto paseo podías salir de su perímetro y encontrarte con el campo, en plena naturaleza. Hoy estáis encerrados en un mundo artificial que se extiende continuamente; por ello, creo que la importancia estética de este mundo artificial que estáis creando es absolutamente primordial. En algún escrito tuyo he leído — y estoy completamente de acuerdo — que en la medida que el mundo que os rodea se hace más artificial, la calidad estética de ese artificio adquiere mayor importancia, y añadías — si no recuerdo mal — que sería una triste ironía que paralelamente al aumento de la riqueza y difusión de la cultura se produjera un mayor desinterés por aspectos humanísticos y estéticos, que son la esencia misma de la Arquitectura; y estoy totalmente de acuerdo contigo en que el mundo urbanizado y tecnificado del futuro tendrá mayor necesidad que nunca de la arquitectura y de los arquitectos.”

“Veo que tienes una gran memoria y me haces el honor de recordar mis escritos, sin quitar ni añadir coma.”

Iba oscureciendo y las llamas de la salamandra se reflejaban vivamente en los cristales sobre el fondo oscuro del jardín. El cielo aún estaba luminoso y las ramas de los árboles recortaban su trama negra como un finísimo arabesco.

“Por tanto, la figura del arquitecto — prosiguió — , tal como se ha conocido desde tiempos muy antiguos, ha de seguir. Comprendo, y tú también lo dices en algún sitio, que ese saber tan amplio como requería Vitrubio es cada vez más difícil de alcanzar, y estoy de acuerdo en que es preferible un saber amplio y comunicado de las ciencias, según el viejo saber liberal, a una profundización en saberes parciales e inconexos de especialista. Creo que lo que importa es procurar una formación de la que se origine una cierta disposición mental y espiritual, que dé sentido a la actividad del arquitecto a todos los niveles, según su larga tradición. Pero además, pienso que los grandes valores de la arquitectura están más allá del tiempo, las técnicas y los materiales.”

“Me alegro coincidir en tantas cosas — le interrumpí — , y me anima saber que mis ideas están en armonía con un saber tan intemporal como el que tú posees. Tengo fe en el futuro papel del arquitecto y creo que el quid de la cuestión está en formar acertadamente a quienes hayan de cumplir tarea de tanta responsabilidad.”

“Has tocado un punto clave — dijo vivamente — : La grandísima importancia de la educación; porque formar es tanto como educar y el impulso que imprime la educación marca una dirección para el resto de la vida. El hombre ve y juzga el mundo tal como le han ensañado a verlo y juzgarlo, y de ello se desprende su comportamiento y, en definitiva, el orden de valores que gobierna su conducta. Y si estamos de acuerdo en que todo se reduce a un problema de cultura, a un problema de orden de valores, se comprende la importancia inmensa de la educación.

Pero tampoco podemos olvidar que el arquitecto es un producto de la sociedad en que vive y de la que forma parte. Es impensable un arquitecto ideal creado en una campana de cristal. Procede de la sociedad y vive en ella, y su trabajo viene determinado por la demanda que la sociedad le hace. Por ello estoy de acuerdo contigo en que la arquitectura es un reflejo de la sociedad que la produce; y ello nos lleva al origen del problema.”

“Así pienso”, le interrumpí, “Alguien dijo que el hombre hace la cultura, pero que a su vez la cultura hace al hombre, y el educar, que es el proceso de transmitir la cultura, es la que en definitiva hace al hombre.”

Y prosiguió: “Antes mencionaste algo que me interesó: Hablabas del sentido de la modernidad, y eso es algo que no acierto a entender bien. ¿Qué significa modernidad? El tiempo pasa y unos acontecimientos se suceden a otros, siendo así que los más recientes son siempre los más modernos, pero en el concepto de modernidad al que parece referirte quiero ver otro contenido, y así, según lo que dijiste refiriéndote a los muros de piedra de Santiago, se deduce que puede haber edificios que se están construyendo ahora y sin embargo no sean modernos.”

“Así es”, le dije.

“Sin embargo — continuó — en el pasado no era así. No sé de nadie que sintiera esta preocupación, que según parece es muy reciente. Según lo que me ha parecido entender, el concepto de modernidad tiene un valor temporal y como tal efímero. Sus contemporáneos tenderían a ver en la modernidad unas particularidades de su época y de sus circunstancias, cuya vigencia desaparece de una manera inexorable para generaciones posteriores y sólo queda el valor efectivo de la obra. Siendo así, para mí el valor de la modernidad es bastante irrelevante.

Otro concepto ligado al anterior, que también me interesa aclarar, es el concepto que vosotros tenéis de progreso. ¿Realmente creéis que modernidad es equivalente a progreso?

“Evidentemente todo progreso implica cambio, pero no todos los cambios significan progreso. Habrás visto — le dije — que en el mundo de hoy existen muchas cosas buenas, que en otro tiempo no existían. Eso, sin duda es progreso, pero, a veces tiene un precio muy alto. Es evidente que existe un gran progreso material, pero el progreso debe ser más aún”

Los descubrimientos e innovaciones son continuos, como encadenados unos a otros en una dinámica imparable. Sin embargo, innovar y descubrir — creo yo — no tendrían sentido si no se procura al tiempo dar debida aplicación a los nuevos conocimientos según un orden de valores nobles, y se cultivan los medios para hacer que los logros materiales, en armonía con la Naturaleza, se traduzcan finalmente en logros del espíritu. Ese es, según pienso, el verdadero progreso; creo que el progreso tiene un fin espiritual y trascendente.”

“Este pensamiento — continué — ha hecho cambiar mucho mi sentido de la modernidad, en busca de algo más profundo, más allá de las formas, los gustos y los estilos, y he llegado a la conclusión de que el auténtico progreso y modernidad en arquitectura está más en los conceptos y en las ideas que los impulsan, y en los valores que promueven, que en la novedad de las formas. Por eso me encuentro muy tranquilo y lleno de sana emoción viendo colocar uno tras otro grandes y nobles sillares de piedra.”

“En términos generales — dije — estoy de acuerdo con tu idea del progreso. En un orden metafísico creo que si la Creación tiene un sentido, éste pasa por la transformación de la materia en vida y de la vida en espíritu. En cuanto a tu actual interpretación de la modernidad, creo comprenderte; el concepto de la modernidad, tal como ahora se entiende, no existía en las antiguas culturas, ni era término obligado de referencia y valor absoluto.”

Al llegar a este punto le dije: “Sin embargo, debo hacer una aclaración. Modernidad y progreso son las dos caras de una misma moneda. No me interesa, como te dije, la modernidad si se refiere solamente a los aspectos más visibles, superficiales y novedosos. Su valor, insisto, está más en las ideas y valores que promueve que en la novedad de las formas, y hemos de ser muy críticos con la falsa apariencia del progreso; con el progreso más aparente que real, que tiene como precio arrasar la Naturaleza y degradar al hombre.

Últimamente el concepto de “moderno” tiene connotaciones cada vez más frívolas, y lo post-moderno sucede a lo moderno con la superficialidad de una moda. ¿Qué sucederá al post-moderno dentro de unos años?”

“¿Qué es el post-moderno?”, me preguntó.

Rehuí la respuesta por temor a incurrir en juicios demasiado simplistas y posiblemente inexactos. Recordaba con vergüenza una frase que un diario me atribuyó, en forma destacada y fuera de contexto, en la que se decía algo así como que el post-moderno era obra de pobres e ingenuos paletos. Nada más lejos de mi propósito que pontificar y sentar cátedra y pronunciarse despectivamente. Por ello quise continuar con el hilo de mi reflexión.

“Sin embargo — insistió — me ha parecido advertir que os debatís en grandes dudas y que en vuestro tiempo la Arquitectura está falta de esas bases firmes, de esas creencias e ideales por todos compartidos y aceptados, como ocurría en tiempos pasados. ¿Es así realmente?”

“Así es: Hace ya más de medio siglo, y en paralelo con los movimientos sociales y políticos de la época, hubo un movimiento que se llamó a sí mismo funcionalista y que hoy se llama Movimiento Moderno, que pretendió en términos muy radicales una depuración y racionalización de la Arquitectura, renegando de los ideales que históricamente la habían informado y poniéndola en línea de igualdad con cualquier otro proceso productivo industrial, lo que facilitó, sin duda, su reducción a instrumento de especulación y lucro por una sociedad materialista, cuyo interés se centraba en una mejora constante del confort, el aumento del bienestar y las posibilidades de consumo.

Bien es cierto que este movimiento tuvo aportaciones de mucho valor y generó su propia poética, que pertenece ya a la historia. Hoy, la revisión del Movimiento Moderno ha llevado al vacío en el que nos encontramos.”

Y retomando el hilo de mi discurso, continué: “Sin duda, las técnicas en continua evolución, los nuevos materiales y las nuevas necesidades y formas de vida, han de tener su reflejo en la arquitectura, pero creo que esa influencia debe producirse de forma natural y no forzada. Nada hay más ridículo, en mi opinión, y de peor gusto, que hacer un alarde innecesario y ostentoso de tecnología. De tan mal gusto como el nuevo rico que hace alarde de su dinero y se esfuerza en mostrar su dentadura de oro. Por supuesto, tampoco hay que tener el falso pudor de ocultarla, impregna nuestra vida cotidiana y hay ocasiones en que las formas tecnológicas más puras son de la máxima belleza. Hay que utilizar la tecnología con naturalidad y sin prejuicios.”

“Estoy de acuerdo — dijo — en que la naturalidad con elegancia es una gran virtud, no sólo en arquitectura sino en cualquier orden de la vida, y que lo instrumental no debe ejercer sobre nosotros un dominio tal que llegue a esclavizarnos. Hoy para vosotros uno de los mayores problemas será saber ser libres y aprenden a manejar con libertad el portentoso arsenal de que disponéis; y en la riqueza, siempre la elegancia de la austeridad.”

Había oscurecido totalmente, las llamas de la estufa se multiplicaban brillantes en la ochavada cristalera del invernadero. En el silencio sólo se oía el crepitar del fuego.

“Has tenido poco tiempo para ver en qué medida se hace un uso torpe y chabacano de la riqueza, y hasta qué extremo se ha degradado el orden de valores de la sociedad. La falta de arte que has apreciado en nuestras ciudades es una de tantas manifestaciones. Existe una desenfrenada ansia de consumo, fomentada por un bombardeo constante de la propaganda, hoy tan poderosa. Los ejemplos que se nos ofrecen son casi siempre negativos y la sociedad en su conjunto está sufriendo una pésima educación a la que es muy difícil sustraerse. Creo que uno de los mayores deberes de los arquitectos, como de cualquier otro grupo o profesión que tenga una cierta influencia social, es sobreponerse al ambiente general y contribuir — como antes te decía — a una visión nueva de las posibilidades que el mundo moderno nos ofrece. Enseñar con nuestra arquitectura y nuestro ejemplo a renunciar a necesidades ficticias y con ello a pesadas servidumbres, y hacer comprender cuánto más limitado es de lo que se piensa el ámbito de lo necesario y cuánto más amplio, por ende, el de la libertad humana, y dentro de este espíritu, defender los nobles y permanentes valores de la Arquitectura. Proclamar la idea de la ciudad entendida como creación colectiva de arte en armonía con la Naturaleza, y ser heraldos de una mayor y digna austeridad, y luchar por dar un sentido ético y noble a la aplicación de cuanto haya de nuevo.”

“Estoy admirado — dijo — porque escucho ideas que están en el centro de las mejores filosofías del pasado, y con las que yo coincidí totalmente. Me estás haciendo recordar que estoy en la patria de Séneca.”

Seguimos hablando largamente; debía ser ya muy tarde, había un silencio profundo y entre las ramas brillaban fríamente las estrellas. Hablamos de la tecnología pura y de la belleza de las nuevas formas nobles y monumentales: Grandes puentes, presas, autopistas, refinerías, altas chimeneas como divinos obeliscos. Le hablé de mi emoción al contemplar por primera vez el acueducto del trasvase Tajo-Segura, cruzando la ancha vega del Cigüela, cuando en la lejanía, sobre el cielo violeta de un atardecer de invierno y un fondo de cerros desnudos, aparecía fantástico e irreal, como un inmenso pórtico a escala geográfica, evocador del mundo clásico en una tierra desolada y fría.

Derivó la conversación hacia las relaciones entre la forma y la función, cuestión de tanto interés.

“Pensando en analogía con la Naturaleza — dije — , a primera vista parece que es la forma la que sigue a la función. Según Sullivan, la belleza es siempre acorde con el plan de Dios y la verdadera belleza nace de la perfecta adaptación de la forma a la función. La idea de que la forma sigue a la función es invención de Sullivan, pero también dice que un edificio ha de crecer natural y poéticamente.”

“Como todo — dijo — , es un problema de arte. La función del ánfora es contener el agua, pero ¿ha de tener el ánfora la forma del agua?”

Hablamos de la unidad del saber y de la ruptura que no debería haberse producido entre arquitectura

e ingeniería. También volvimos sobre otro aspecto que siempre me ha preocupado: el del envejecimiento de los materiales. Envejecimiento que ennoblece a los materiales naturales y es degradación en los artificiales, y a la pregunta a ello ligada de si debería tener la arquitectura de hoy y del futuro afirmación y voluntad de permanencia. “Para mí no hay duda: la Arquitectura y las ciudades tienen un valor y una significación que excede de su propia utilidad inmediata. Son las huellas del hombre en la historia y forman parte de la geografía. Son geografía humanizada — había dicho —. Han de envejecer noblemente, como envejece la Tierra.”

“Sí, sería triste un mundo sin historia, un mundo sin las huellas del pasado y el recuerdo de quienes nos precedieron... Un mundo de grandes cementerios de chatarra y arquitectura reciclada...”

Los recuerdos se van haciendo confusos y borrosos; la noche se alargaba interminablemente, debían ser ya muy altas horas y en el jardín reinaba un silencio absoluto; también en la casa había un extraño silencio. A partir de allí se va haciendo más difícil recordar.

La figura de mi interlocutor parecía desvanecerse y su palabra se hacía más lejana. Hablábamos en voz queda y largos silencios, en una atmósfera irreal. El frío de la madrugada se sentía penetrar, a pesar de que el fuego seguía vivo, y una claridad lívida, anuncio de la aurora, comenzó a hacer visibles los contornos del jardín.

Una idea parecía flotar en el aire: El retorno al Paraíso. ¿No sería ése el destino más noble de la civilización?

Tuve una larga gripe complicada con una afección bronquial con fiebre alta — que me retuvo en cama más de dos semanas —, de las que también conservo un recuerdo confuso con largas horas amodorrado por la fiebre.

Cuando me levanté, lo primero que hice, bien abrigado, fue ir al invernadero con la ilusión de ver de nuevo la bella salamandra verde, cuyas llamas multiplicadas hasta el infinito había visto brillar en la penumbra de la habitación en mis horas de duermevela. Cuando llegué al invernadero vi que la salamandra no existía y que no había de ella el menor rastro. Entonces comprendí que todo había sido un sueño.

JULIO CANO LASSO

## *Reseña Autobiográfica*

Soy arquitecto. Realicé mis estudios y titulé en la Escuela de Madrid en 1949. Desde entonces he ejercido libremente la arquitectura, como suele ocurrir en los temas más diversos. Durante unos años, creo que nueve, fui profesor de proyectos en la Escuela de Madrid. También y de una manera un tanto tangencial, estuve contratado por la Dirección General de Urbanismo, lo que me permitió asomarme al mundo de la administración y trabajar en proyectos de urbanismo. Sin embargo lo principal de mi actividad profesional ha sido el ejercicio libre y dentro de él, en parte por necesidad, pero más aún por afición, los continuos concursos.

Durante muchos años trabajé solo en mi pequeño estudio en las afueras de Madrid; quise trabajar en el campo, próximo a la naturaleza, sintiendo el paso de las estaciones. Nunca quise tener un estudio grande que me convirtiera en esa mezcla de empresario-relaciones públicas que amenaza a quien tiene un estudio grande. Nunca quise que el trabajo me apartara del tablero de dibujo y de la creación personal. El trabajo en nuestra profesión suele ser irregular; en ocasiones en que tuve a un mismo tiempo varios encargos que rebasaban mi capacidad individual, busqué la colaboración de jóvenes arquitectos y alumnos y compartí con ellos firma y honorarios. Ahora, desde hace unos años, se han ido incorporando al estudio mis hijos arquitectos y formamos un equipo equilibrado. Con estas incorporaciones nuestra capacidad de concursar se ha multiplicado y estamos acercándonos ya a los 150 concursos, cifra verdaderamente excepcional.

Tienen los concursos el atractivo de toda competición deportiva y obligan a estar presentes en el debate arquitectónico, y con ello a estar al día, lo que no quiere decir, ni mucho menos, estar a la moda. Por el contrario, muchas veces estar al día implica estar frente a las modas, tratando de hacer valer lo esencial y permanente.

En arquitectura esto es importante y más necesario que en otras profesiones.

Las modas son pasajeras y superficiales; yo en mi vida he visto pasar unas cuantas de las que hoy ya no nos acordamos. Pero hay algo en el

fondo del debate que a mí siempre me ha preocupado: El espíritu humano como supremo valor, a cuyo servicio ha de estar el progreso tecnológico, y como corolario de esta idea, la necesidad de un saber humanístico abierto, amplio y comunicado, capaz de asumir los avances de la tecnología. Preservar la supremacía del espíritu humano, sobre las asombrosas máquinas cada día más perfectas, sin olvidar que el hombre necesita tener una fe, una esperanza y un ideal para vivir y dar sentido y dignidad a la existencia.

Por último, tratar de adquirir una perspectiva global, valorando que en la naturaleza existe un equilibrio que no debemos romper, explotando para ello ponderadamente lo que la naturaleza nos brinda.

De estas meditaciones nació la idea de hacer un pequeño libro, y me pareció que podría basarse en el encuentro con un hombre sabio del pasado y someter a su juicio nuestros logros, nuestra forma de vida y realidad presente. Creo que la forma dialogada facilitó mucho el propósito.

Escribí el libro en 1989.

El pasado año tuve conocimiento de la Fundación Esteyco y de su fundador Javier Rui-Wamba y me parecieron dignos de admiración y apoyo su deseo generoso de tender la mano a cuantos trabajan en otras profesiones contribuyendo a una tan necesaria comunicación del saber. En particular ingenieros y arquitectos, ramas escindidas de un mismo tronco, deberíamos tener mayor conocimiento y trato, sin excluir, por supuesto, la presencia de quienes cultivan otros campos, y este es el propósito de la Fundación Esteyco.

Por ello cuando me propuso incluir mi librito "Conversaciones con un arquitecto del pasado" en la colección de sus publicaciones anuales, no lo dudé un momento y mucho me alegraría si con ello pudiera contribuir a cuanto venimos diciendo.

En esta nueva edición, a solicitud de la Fundación Esteyco, se han añadido dibujos, así como algunas páginas que, pasado el tiempo, he creído contribuían a enriquecer y matizar ciertas secuencias.

JULIO CANO LASSO

Madrid, agosto de 1996

## *Cronología*

Doctor Arquitecto y Técnico Urbanista.

Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Medalla de Oro de la Arquitectura, 1991.

Premio C.O.A.M. Arquitectura, 1993.

Nace en Madrid el 30 de octubre de 1920.

Obtiene el título de Arquitecto en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid en 1949 con el Premio Extraordinario de Fin de Carrera Carmen del Río.

Recibe el Premio Antonio Camuñas a la obra profesional de un Arquitecto en 1986.

Premio Especial del Jurado de la Bienal de Buenos Aires en 1987.

Premio de la Crítica en la Bienal de Buenos Aires en 1987.

### LIBROS PUBLICADOS:

Fuentelarreina, tres propuestas de Arquitectura Naturalista. E. del A., 1977.

Notas y Dibujos, Julio Cano Lasso. E. del A., 1977.

La Ciudad y su Paisaje, E. del A., 1985.

Conversaciones con un arquitecto del pasado o diálogo de la técnica y el espíritu. E. del A., 1989.

Nuestras Viejas Ciudades, discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, contestado por el profesor Chueca Goitia, 1991.

COORDINACIÓN

ROSARIO MARTÍNEZ VÁZQUEZ DE PARGA

ISABEL RUI-WAMBA

REALIZACIÓN Y DISEÑO GRÁFICO

JULIO CANO LASSO

PILAR CARRIZOSA

FOTOCOMPOSICIÓN, FOTOMECÁNICA E IMPRESIÓN

GRÁFICAS PALERMO, S.L.

PAPEL: REGISTRO BLANCO, 140 G/M<sup>2</sup>. TIPOGRAFÍA: GARAMOND

EDITA: FUNDACIÓN ESTEYCO

Para la difusión y el progreso de la Ingeniería y la Arquitectura



FUNDACION  
ESTEYCO



www.fox.com